

LAS AFLICCIONES DE LOS JUSTOS



OSVALDO REBOLLEDA

LAS AFLICCIONES DE LOS JUSTOS



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
Con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa

rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **Portales de Gracia**

Revisión literaria: **Edith del Carmen Saldivia**

CAP - Centro de Adoración Patagónica (Sarmiento)

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción	5
Capítulo uno:	
Todo bajo control	11
Capítulo dos:	
La paz y la esperanza	22
Capítulo tres:	
Justos, amados y empoderados	35
Capítulo cuatro:	
La gracia de Dios y las aflicciones	45
Capítulo cinco:	
La soberanía revelada	60
Capítulo seis:	
Entendiendo las aflicciones	72

Capítulo siete:

Las aflicciones de los justos.....84

Capítulo ocho:

Silencios y palabras.....98

Reconocimientos.....112

Sobre el autor.....114

INTRODUCCIÓN

«... al participar ustedes de nuestros sufrimientos, también tendrán parte del consuelo que Dios nos da».

2 Corintios 1:7, NTV

La cultura que nos rodea hoy en día, está impregnada de paradigmas ajenos a la verdad. El avance de la ciencia, la tecnología y el saber, hacen pensar al ser humano, que ha evolucionado en el entendimiento de la vida, pero no es verdad. Por el contrario, a la vez que innegablemente ha crecido en el conocimiento de muchas materias, ha involucionado en el análisis filosófico de la realidad.

La generación actual, es muy inteligente para manejar la tecnología, pero a la misma vez, se ha vuelto absolutamente necia y elemental, en el análisis de la vida. Esto es lógico, porque el avance de la ciencia humana, no es el avance de la luz. De hecho, como sociedad, estamos padeciendo más tinieblas que nunca. También debemos reconocer, que hace varios siglos atrás, los seres humanos, con todas sus limitaciones, trataban de hallar respuestas respecto de la vida y de la muerte.

Hoy pareciera no haber tiempo para eso, y es aceptada la idea de que cada quién piense como se le venga en gana, aun bajo los fundamentos más absurdos que podamos imaginar. La mayoría de las personas, no saben entablar conversaciones profundas, sobre temas que deberían ser trascendentes. Más bien hablan absolutas vanidades en todo momento, porque los temas profundos los hace sentirse muy incómodos.

Reitero, esto es lógico, porque el avance del saber humano, no es el avance de la luz. Es por eso, que para la mayoría de las personas, todo comienza con una energía y materia inanimadas, que solo llegaron a existir. Ellos creen que al no haber nada capaz de convertirla en lo que es, pudo haber sido cualquier cosa. Pudo haber sido vida, pero los ateos eligen creer que en el principio simplemente había materia y energía. En realidad no lo saben, solo lo suponen, pero dicen que la materia impersonal y la energía impersonal son originales, absolutas y supremas.

Los analistas más respetados, incluso considerados como sabios pensadores, consideran que durante millones de años, sin un Creador, sin inteligencia, ni diseño alguno. Sin propósito y sin plan, surgió la materia que, impulsada por energías aleatorias, se volvió en complejas estructuras biológicas interdependientes.

Esta gloriosa realidad presente, que también llaman personalidad viviente, es la que consideran como el origen y el desarrollo del universo tal como lo vemos hoy en día. Para

nosotros los cristianos, llegados a ser considerados por ellos, como personas simples, radicales defensores de una fe absurda, o incluso negacionistas de la realidad presente, todo análisis de la vida es absolutamente diferente.

Para nosotros primero hubo vida, y luego hubo materia física. Primero, hubo una personalidad viva, y entonces hubo energía capaz de producir lo que hoy llegamos a ver. Nosotros abrazamos este pensamiento, por la gracia de la vida que recibimos. La vida es la luz de los hombres y la luz, es la única verdad (**Juan 1:4**). La verdad nos hace libres, y solo la libertad es la que otorga autoridad para la adopción de ideas, capaces de regir nuestras vidas con fundamentos sólidos (**Juan 8:32**).

Claro, esto puede ser absurdo para quienes no han recibido la luz, porque ellos creen que nadie puede atribuirse la posesión de la verdad. Sin embargo, para nosotros, la verdad no es un conjunto de conceptos aceptados aleatoriamente. Sino que la verdad es una persona llamada Jesucristo, que al revelarse a nuestra vida, nos permite ver, y al ver simplemente creer (**Juan 14:6**).

Los impíos creen que nuestra fe, está basada en ideas que alguien nos vendió alguna vez, pero nada más alejado de la realidad que eso. Nuestra fe es el resultado de la luz, no de las ideas. Nosotros estábamos muertos en delitos y pecados (**Efesios 2:5**). Entonces recibimos la vida y la vida es la luz verdadera. La luz nos permitió ver y por ver llegamos a creer, no al revés.

Cuando Jesús le dijo a Tomás: “*Creíste, bienaventurados los que no vieron, y creyeron...*” (**Juan 20:29**), lo dijo refiriéndose a la visión natural, y sin haber entrado en las dimensiones del Nuevo Pacto. Hasta la consumación de la cruz y la resurrección del Señor, muchos creyeron sin ver nada, pero el fundamento del Nuevo Pacto es la vida que otorga luz.

Claro que esa es la luz verdadera (**Juan 1:9**), por lo tanto, no alumbramos primero nuestros ojos naturales, lo que alumbramos es nuestro corazón, y eso es lo importante, porque es ahí donde procuran habitar las tinieblas, por eso el mundo está como está. Sin dudas el desarrollo intelectual, alumbramos cerebros pero no corazones.

Todo esto lo planteo, porque este libro sobre las aflicciones de los justos, envasa verdades capaces de alumbrar nuestro corazón, aun en los días más oscuros de la vida. Pedro dijo que la Palabra, es como una antorcha capaz de alumbrarnos el camino hasta que el día esclarezca (**2 Pedro 1:19**).

Las aflicciones pueden llegar a ser como crueles lazos de oscuridad, capaces de rodear nuestra vida, pero si en nuestro corazón hay luz, seremos como los hebreos en Gosén (**Éxodo 10:23**). Este libro no pretende motivar a nadie, porque no es la motivación, sino la revelación de la soberanía de Dios, la que nos permitirá avanzar hasta el último día.

Este libro expone destellos de la verdad, y esa es la luz que nos permitirá comprender, lo incomprendible. No debemos tener miedo de sumergirnos en las preguntas que nuestro corazón hace cuando es rodeado por el dolor. No le estamos faltando el respeto a Dios, por preguntarnos sobre aquellas cosas que no entendemos, pero si pensamos hablar, debemos ocuparnos de hacer las preguntas correctas.

Somos hijos de la luz, no de la oscura resignación. Yo he visto a muchos hermanos caminar por los tenebrosos valles del dolor. Los he visto y los he admirado al no abandonar la fe y la alabanza a Dios. Luego, y sin saber por qué, yo también me encontré tal como ellos, en el mismo valle. Fue entonces que me sentí muy solo, y lloré con amargura. Ciertamente me desorienté, al no encontrar las respuestas que esperaba, y pasé por diferentes estados anímicos, hasta caer en la calma que produce la debilidad. Entonces y solo entonces supe que estaba seguro.

Este libro, es para quienes alguna vez, fueron rodeados por las aflicciones, y se preguntaron ¿Por qué me sobrevino este dolor? ¿Qué hice para merecer esto? ¿Por qué Dios permitió que padezca este sufrimiento? ¿Por qué a mí, habiendo tantos impíos que blasfeman ante Dios y parecen felices? ¿Si soy considerado justo por qué he sido atacado por la aflicción? ¿En qué he pecado para que me acontezca esto? ¿Lo está generando Dios, o es el diablo el que me ataca? ¿Qué sentido tiene esta aflicción?

Preguntas como estas, merecen una respuesta más profunda que simplemente: “Bueno, Dios sabe lo que hace, o lo mejor está por venir...” Preguntas como estas, dieron vida a este libro, que envasa algunas respuestas que espero, sean de bendición para todos ustedes...

“Dios revela lo profundo y lo escondido, y sabe lo que se oculta en las sombras. ¡En él habita la luz!

Daniel 2:22 NVI

Capítulo uno

TODO BAJO CONTROL

*“Bueno es Jehová a los que en él esperan,
Al alma que le busca...”*

Lamentaciones 3:25

Las aflicciones forman parte de la condición humana en los procesos normales de la vida, y todos debemos atravesarlas. No importa si deseamos hacerlo o no, tendremos que afrontar las inevitables consecuencias del dolor. Cuando nos visita la aflicción, nos cuesta muchísimo permitir que las cosas sigan su curso natural, generalmente procuramos resistirnos a ellas, sentimos que tenemos que hacer algo para frenarlas, al menos para comprender lo que nos está pasando, o para ser comprendidos por otros.

Debido a esas reacciones casi inevitables, lo único que logramos hacer, es que la insatisfacción y la infelicidad se prolonguen. Esto es lo mismo que ocurre con las caídas físicas. Cuando un niño se cae, generalmente no se daña por

dos motivos fundamentales, primero por la ausencia de temor, y por otro lado, por no intentar evitar dañarse.

De manera contraria, cuando una persona adulta cae, generalmente se lastima por los mismos dos motivos fundamentales, por el temor a lastimarse y por querer evitar la caída. Más allá de la flexibilidad y la resistencia ósea o muscular, el gran enemigo de los daños es la mente. El intento de evitar el golpe lastima mucho más, que simplemente caer sin miedo. Pero bueno, eso es una hipótesis para nosotros. A la hora de caer, nadie reacciona pensando en hacerlo de manera natural para no dañarse.

Algo así nos ocurre con las aflicciones. Es lógico que nadie quiere problemas en la vida, y vivimos con temor a las aflicciones. Cuando inevitablemente llegan, nos desorientan y pretendemos evitarlas, pero si no logramos hacerlo, con nuestra actitud defensiva, las terminamos profundizando mucho más.

Esto no lo expongo, tratando de aconsejar que no procuremos evitar las aflicciones, eso sería un absurdo. Lo expongo, porque este problema es mucho más notorio en los cristianos que en la gente sin Dios. El motivo, es que las personas que no conocen la gracia, no se sorprenden de las aflicciones, tienen asumido el dolor como algo inevitable. Por supuesto, ellos también procuran evadir las adversidades, y sufren, pero no tienen una ventanilla de reclamos en el cielo, como nosotros creemos tener en esas situaciones.

Los cristianos creemos que la fe, es abrazar una actitud optimista. Aprendemos a declarar que nada nos ocurrirá, que Dios no permitirá el mal, la adversidad y la aflicción. Aprendemos a desear buenas cosas a nuestros hermanos, y llegamos a pensar, que decir algo negativo, aun con claras razones, es algo pecaminoso o carente de fe.

Todo esto crea en nosotros una consciencia de seguridad y confianza en Dios. Lo cual parece muy bien, el problema surge cuando llegan las aflicciones y nos golpean de lleno. Ciertamente nos desorientan más que a los incrédulos, porque si nosotros estamos confiando que nada nos pasará, o pensando que Dios no permitirá ninguna aflicción, creemos que así tiene que ser y no esperamos nada diferente.

Cuando la aflicción llega, no sabemos qué pensar, y no sabemos cómo reaccionar. ¿Qué pasó? No sabemos si pecamos, si hicimos mal alguna cosa. No sabemos si por algún motivo Dios permitió la aflicción, si Dios mismo la está generando para enseñarnos algo, o si fue el diablo el que nos atacó procurando destruirnos.

Estas dudas y este temor, no son el problema, sino que se suman al problema, que es la aflicción misma. En tal caso, podemos llegar a sentir un abatimiento mucho más profundo que las personas sin Dios. Se supone que esto no debería ser así. Se supone que nuestra vida con Dios, al menos debe disminuir la aflicción. Por eso es tan importante recibir sabiduría antes que todo acontezca.

Cuando nos desorientamos ante el dolor, solo evidenciamos que nuestra visión de Dios en relación a las aflicciones es muy frívola. La iglesia no ha empleado sus energías en avanzar a las profundidades de los misterios del Reino. Cuando trabajamos incentivando el alma, repitiendo palabras y convenciéndonos de que todo estará bien, no hacemos más que trabajar sobre las emociones, y cuando estas se derrumban perdemos toda visión.

La idea de este libro, es introducirnos en aguas más profundas. Hacer pie en las olas que golpean la playa puede ser divertido, pero si no aprendemos a nadar, corremos el riesgo de tropezar, o de ser arrastrados por una ola mayor. Está bien que andemos en la seguridad de la playa, no hay problema con eso, pero debemos aprender a nadar, para que tengamos paz en lugar de caminar con miedo.

Muchas congregaciones hoy en día, están dando lugar al pragmatismo, trabajando sobre el paradigma de “Recházalo y se irá de tu vida... No lo digas y no pasará... Decláralo y lo tendrás... Créelo y simplemente pasará...” Cosas como estas, forman una cultura de pensamiento y eso es muy peligroso, porque cuando no nos funciona, llegamos a pensar que estamos haciendo algo mal, o que el Señor nos ha desamparado.

Está bien que hablemos de manera correcta, está bien que defendamos la fe fundamentada en una Palabra que Dios habló, pero las aflicciones no se evitan o se producen por simples declaraciones. La Palabra de Dios tiene una gran

contundencia a la hora de tratar el tema de la aflicción, no debemos procurar que se vuelva ligera y práctica para evitar temores.

Ser superficiales en un tiempo de tanta hostilidad espiritual como el que estamos viviendo, es un acto de suma ignorancia. Algunos con sus enseñanzas, solo están insinuando que el éxito en la vida, es no tener que pasar por aflicciones. El problema es que hombres como José, Job, David, Jeremías o Pablo, son testigos de estas ideas. ¿En verdad estarán pensando que el éxito se produce al no tener que enfrentar aflicciones? ¿Hacemos bien en sembrar ese tipo de pensamientos?

“Dios es nuestro Padre y no lo permitirá...” Es una declaración peligrosa, porque en muchas páginas de la Biblia, encontramos a Dios permitiendo tremendas pruebas de dolor a su pueblo. Tener en la Biblia claras enseñanzas sobre la soberanía de Dios, y desconocerlas, destruye los medios para la revelación de Su Omnipotencia.

Obviamente, las aguas profundas que planteo, no son para mayor conocimiento de las aflicciones o sus motivos, sino para buscar una mayor revelación de nuestro gran Dios. Tal vez esto, no es lo que algunos esperan de un libro sobre las aflicciones de los justos, pero por favor, le ruego que me den chances a desarrollar mi enseñanza, y no se arrepentirán. Puedo asegurarles que el entendimiento de las dimensiones de Dios, será como la kriptonita para las aflicciones. No las matará, pero les quitará todo poder.

Créanme que no exagero lo que expreso, soy consciente que este libro está en las manos de personas que están muriendo igual que yo. Personas que aman a quienes también están muriendo y que en algunos casos, lo harán antes que nosotros. Personas que conviven con el dolor de un fracaso, de un divorcio, de una enfermedad, de una estafa, de una traición, o de la vida misma.

“Pocos son los días, y muchos los problemas, que vive el hombre nacido de mujer. Es como las flores, que brotan y se marchitan; es como efímera sombra que se esfuma”.

Job 14:1 y 2 NVI

Mi convicción es que dejar que Dios nos ilumine el corazón con Su Palabra, despertará verdadera adoración, tal como la de Job, luego de que Dios pusiera punto final a sus conclusiones, a través de la revelación de Su persona. No estoy hablando de canciones, sino de adoración verdadera, esa que es capaz de moldear nuestros corazones para comprender mayores medidas respecto de los misterios del Reino.

A partir de este momento, cada vez que exprese que Dios es Soberano, no estaré solo enseñando que Dios tiene el poder y la autoridad de gobernar todas las cosas, para librarnos de la aflicción, sino que Él ya gobierna todas las cosas, para Sus santos y sabios propósitos, más allá de toda circunstancia que podamos estar viviendo.

La generación actual está impregnada por una cultura de transgresión total. La corrupción de la autoridad de los padres sobre los hijos, ha generado un claro derrumbamiento de las autoridades en todos los estratos de la sociedad. La falta de respeto por las leyes terrenales, y la negativa de reconocimiento a quienes deben ejercer la autoridad, ha generado en la Iglesia, una creciente rebelión, a través de la cual, solo se está quebrantando la soberanía del Omnipotente.

Que la sociedad esté cada vez más intolerante ante todo lo que pretenda autoridad, no implica un avance en la libertad de los pueblos. De hecho, la libertad no está basada en la anarquía de las mentes corruptas, sino en gente que sabe y vive conforme a la voluntad de Dios. No estoy refiriéndome a la religiosidad, ni el legalismo, me refiero a gente gobernada por el Espíritu, que ante la revelación de la verdad, logra actuar con libertad, sujetándose voluntariamente al Padre (**Juan 8:31 al 36**).

Por otra parte, los que dicen ser partidarios de la libertad humana, están absolutamente gobernados por un sistema absolutamente corrupto y mentiroso. Esto es lógico en los hijos de la desobediencia, sobre todo en estos últimos tiempos que vivimos, pero esto, está impregnando poco a poco a los hijos de Dios, y sin percibirlo claramente, están cada vez más rebeldes al Señor.

Yo también entiendo perfectamente a los que alegan la corrupción manifestada en el liderazgo de la Iglesia. Sin

embargo, esos casos aislados, no descalifican el verdadero diseño de Dios para Su Iglesia. No aceptar la autoridad de un pastor, porque hay algunos falsos pastores, no aceptar lo profético porque hay algunos falsos profetas, no aceptar un liderazgo espiritual, porque hay líderes abusivos o falsos, es un gran acto de ignorancia. Es como no aceptar dinero porque andan algunos billetes falsos por ahí.

El Señor advirtió que en los últimos tiempos habría falsos apóstoles, falsos profetas, falsos pastores, falsos maestros, falsas unciones, falsos hermanos y aun falsos cristos, pero nunca dijo que el día que nuestros ojos vean eso, debíamos dejar de creer en Su diseño. Por el contrario, lo dijo para que estemos firmes, y posicionados en Su verdad.

Lo que debemos hacer, es actuar con discernimiento espiritual. Entonces descubriremos que hay muchos hombres y mujeres, verdaderos, honestos, fieles y consagrados, que sirven a Dios y sirven a la Iglesia con verdadero amor y temor reverente. Si no recuperamos el reconocimiento y respeto por las autoridades que nuestros ojos ven, ¿Cómo vamos a creer en la autoridad de aquel que nuestros ojos no pueden ver?

La sociedad actual, muestra una terrible irreverencia contra la autoridad de Dios, pero la Iglesia debe hacer todo lo contrario. No solo no debemos tomar livianamente la soberanía de Dios, sino que debemos exaltarla más que nunca, porque el plan del enemigo es justamente la descalificación. Él lo hace sobre las autoridades terrenales,

para que nosotros seamos afectados, de manera tal, que lleguemos a desconocer toda autoridad. Incluso la de Dios.

Las Escrituras afirman que Dios es Todopoderoso, que Su voluntad es irrevocable, que Él es Rey Soberano en todas las esferas de Su creación. Si no admitimos, el hecho de que Él es el Altísimo, el Rey de reyes, revestido de perfecta sabiduría y poder ilimitado, estaremos admitiendo que Él no es Dios. Si una partícula de polvo, en todo el universo, tiene la posibilidad de moverse sin que Dios lo sepa, o sin que Dios pueda evitarlo, entonces Dios no sería Dios.

Lo que más necesitamos hoy en día, es un énfasis pleno, positivo y constructivo en el hecho de que Dios es Dios, Todopoderoso y Soberano. Ante los grandes males que se avecinan sobre la humanidad, necesitamos grandes soluciones. No podremos entender las aflicciones, si no entendemos primero la grandeza de nuestro Dios.

A Dios nunca, nada ni nadie, lo puede tomar por sorpresa. Él no tiene que tratar con emergencias inesperadas, pues Él es quien ***“realiza todas las cosas conforme al consejo de Su voluntad”*** (Efesios 1:11). Por eso, aunque la sociedad y la vida misma, estén más hostiles que nunca, la palabra para Sus hijos es: ***“No temas...”*** Todas las cosas, están sujetas a Su control directo, todas las cosas, se desarrollan conforme a Su eterno propósito, y por lo tanto: ***“sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con Su propósito”*** (Romanos 8:28).

Muchos ministros enseñan de tal manera, que hacen ver a Dios como un simple espectador de la vida, observando desde Su Trono, y sin intervenir, todo lo que pasa en la tierra. Es cierto que nosotros somos responsables y que tenemos poder y voluntad, pero Dios es el Todopoderoso, y es quién tiene un propósito específico para todas las cosas.

Nosotros no somos más que simples criaturas. Somos amados, pero somos criaturas, mientras que Dios es el Creador de todas las cosas. Millones de años antes que nuestros ojos vieran la luz por primera vez, El Señor estaba ordenando todo el universo, y antes que el mundo fuera fundado trazó Sus planes para nosotros, y siendo infinito en poder, nada ni nadie, puede obstaculizar Sus planes eternos.

Nuestro corazón solo puede hallar consuelo en las aflicciones de la vida, si logramos encontrar primero el gozo en la bendita verdad de la Soberanía absoluta de Dios. Nuestra fe es inútil para el avance, si no se ejerce fundamentada en la Palabra de verdad. La fe no busca su respaldo en los razonamientos humanos, sino en la capacidad de ser alumbrados por Su Palabra (**Salmo 119:105**), y llegar a ver al Invisible en todo tiempo (**Hebreos 11:27**), aun en los tenebrosos valles de sombra y de muerte (**Salmo 23:4**).

La única manera de soportar y encontrar sentido en las aflicciones, es reconocer y confiar en que todo viene de la mano de Aquel que es demasiado Sabio para errar, y demasiado amoroso como para ser cruel. Si atribuimos lo que

ocurre a cualquier otra causa que no sea Dios mismo, no habrá reposo para el corazón ni paz para el espíritu.

Este puede ser un misterio del Reino, pero les aseguro que, si recibimos todo cuanto afecta a nuestras vidas, simplemente como venido de Su mano, entonces, sean cuales fueren esas circunstancias, encontraremos fortaleza y consuelo para avanzar sin claudicar. No debemos buscar culpables, con la simpleza de los ignorantes. No le otorguemos demasiado poder al diablo, ni a la suerte. Dios es el único que está en control de todas las cosas y el único que genera o permite que todas las cosas ocurran.

“Entonces Job le respondió a Dios: Reconozco tu gran poder; nadie puede impedirte llevar a cabo tus planes. Tú preguntas quién soy yo, que siendo un ignorante he puesto en duda tu sabiduría. Reconozco que he dicho cosas que no alcanzo a comprender, cosas que son maravillosas y que en realidad no conozco. Tú dijiste: Ahora yo voy a hablar, y tú me vas a escuchar. Lo que antes sabía de ti era lo que me habían contado, pero ahora mis ojos te han visto, y he llegado a conocerte. Así que retiro lo dicho, y te ruego me perdonen”.

Job 42:1 al 6 BLS

Capitulo dos

LA PAZ Y LA ESPERANZA

*“Enmudecí; no abrí mi boca,
Porque Tú eres quien lo hizo”*

Salmo39:9

La Escritura nos dice que los juicios de Dios son incomprensibles, y sus caminos inescrutables (**Romanos 11:33**). Así lo debemos entender si nuestra fe ha de ser probada, si la confianza en Su sabiduría y en Su justicia ha de ser afirmada, y si la sumisión a Su propósito ha de ser sostenida en nuestro corazón.

Esta es la gran diferencia entre los hijos de Dios y los incrédulos. Ellos miden todo desde el razonamiento intelectual, consideran las circunstancias de la vida desde un solo plano, y todo lo pesan en la balanza del entendimiento entenebrecido. Nosotros, debemos operar con la mente de Cristo, y debemos analizar todo desde la luz que otorgan las dimensiones espirituales.

Cuando logramos conectarnos con esta verdad, llegamos a ver toda circunstancia como sostenida por la mano de Dios. De eso se trata el Reino, de observar con justicia, para encontrar paz y fortalecernos en el gozo del Espíritu (**Romanos 14:17**).

Cuando entendemos que Dios es Soberano, estamos reconociendo que Él es Adonai, el que hace y permite todo conforme a Su perfecta voluntad, tanto en los cielos como en la tierra, y nadie puede detener Su mano ni decirle: ¿Qué haces? (**Daniel 4:35**). Cuando entendemos que Dios es Soberano, estamos reconociendo que Él es el Omnipotente, y que nadie puede impedir Su propósito (**Salmo 115:3**).

Cuando se nos revela que Dios es Soberano, estamos reconociendo que Él es el Rey de gloria, y que todas las naciones de la tierra caerán a Sus pies (**Salmo 22:28**). Él levanta reinos, derrumbando imperios y determina el curso de las dinastías según lo considera mejor. Reconocer que Dios es el Soberano, es declarar Su grandeza como el Todopoderoso, el único que gobierna sobre todos, el más grande de los reyes y el más poderoso de los gobernantes (**1 Timoteo 6:15**).

¿Qué tiene que ver esto con nuestras aflicciones? Todo, porque debemos asumir que a Dios no se le escapó la tortuga. Algunos enseñan que Dios está trabajando al máximo de sus posibilidades, para librarnos de las aflicciones. Es como si procuraran reconfortar a los hermanos con la idea de que Dios está intentando con todas

sus fuerzas librarnos de todo mal, pero indudablemente y a vista de los resultados, no se le hace muy fácil tal empeño.

Esto es absurdo, argumentar que Dios está haciendo todo lo posible, es como decir que más no puede hacer, pero al menos está a nuestro favor. Si en verdad Él está empeñado en evitar nuestras aflicciones y los hombres malos, o el diablo no lo deja, equivale a decir que Dios es impotente para algunas cosas.

Echar la culpa al diablo, o a la maldad del sistema, tal como muchos pretenden, no resuelve la dificultad, ni logra aclarar el panorama. Creer que Satanás es capaz de frustrar el propósito de Dios, es como asumir que Satanás es demasiado poderoso, y que Dios ya no es el Ser Supremo que tiene todo bajo Su control.

Es más, argumentar que los hombres somos los que determinamos libremente nuestro propio destino, y que por lo tanto tenemos el poder para oponernos o limitar los planes de Dios, es ignorar el atributo de Su omnipotencia. Decir que los seres humanos expresan su maldad en el mundo, rebasando los límites impuestos por Dios, es como imaginarlo como un ser triste que mira resignadamente como se le ha ido la creación de las manos. Su Palabra dice:

“Sólo tú inspiras temor. Cuando tu furia se desata, no hay quién pueda hacerte frente. Cuando tú, Dios mío, decidiste hacerles justicia a todos los pobres de la tierra, dictaste tu sentencia desde el cielo, y la tierra temerosa, prefirió

guardar silencio. Cuando te enojas, hasta el hombre más furioso; se rinde ante ti y te alaba”.

Salmo 76:7 al 10 BLS

Cuando estamos en medio de la aflicción, y no se nos revela la soberanía del Todopoderoso, lo único que nos queda es sacar las mismas conclusiones que los impíos, quienes ignoran el derecho de Dios, a gobernar el universo conforme a Su soberana gana, y sin que ello implique una pizca de maldad.

Cuando las personas son asaltadas por el dolor, y procuran hallar explicaciones, solo concluyen que Dios no existe, o que si existe, está ajeno a lo que pasa en el mundo. Otros concluyen que Dios existe pero que no puede hacer nada, o que al menos le cuesta mucho, porque el mal es demasiado poderoso. Otros terminan pensando que sí existe, pero que no puede ser bueno, porque si teniendo la capacidad de hacer algo para librarnos a todos del mal, no lo hace, simplemente no puede ser un Dios bueno.

La lógica humana razona así: “Si vemos que un hombre está atrapado en una trampa para osos, si vemos que su carne se ha desgarrado, y que sus huesos se han fracturado, si lo oímos gritar de dolor clamando por ayuda, y nosotros, pudiendo librarlo, lo dejamos en esa condición, no podemos ser considerados buenos, ni misericordiosos, ni piadosos, ni capaces de obrar con justo juicio...”

El problema es cuando trasladan la misma lógica, procurando aplicarla a la voluntad de Dios. ¿Quién puede juzgar lo que Dios hace, o lo que Dios permite? ¿Qué criatura creada puede juzgar los hechos de su Creador? La Biblia no trata de evitar estas cuestiones, por eso Pablo escribió:

“¿Quién eres tú para pedirle cuentas a Dios? Acaso le dirá la olla de barro al que la modeló: ¿Por qué me hiciste así? ¿No tiene derecho el alfarero de hacer del mismo barro unas vasijas para usos especiales y otras para fines ordinarios? ¿Y qué si Dios, queriendo mostrar su ira y dar a conocer su poder, soportó con mucha paciencia a los que eran objeto de su castigo y estaban destinados a la destrucción? ¿Qué si lo hizo para dar a conocer sus gloriosas riquezas a los que eran objeto de su misericordia, y a quienes de antemano preparó para esa gloria?”

Romanos 9:20 al 23 NVI

Debemos comprender que Dios es Soberano en todos sus atributos. Él es absolutamente Soberano en el ejercicio de Su Poder. Lo ejerce según quiere, cuando quiere y donde quiere, Él no está obligado a nada y mucho menos por alguien. Este hecho está probado en cada página de la Biblia, así como está probado que no hay tinieblas en Él (**1 Juan 1:5**).

Hace unos años atrás, escribí un libro titulado “Cuando no entiendo a Dios”, y debo reconocer que sigo sin entenderlo. No puedo pretender tal jactancia. Soy una

criatura creada, no importa que por la gracia soberana sea un maestro de la Palabra, por más que me esfuerce, no puedo más que entender algunos pequeños destellos de Su grandeza, y eso ya es toda una obra de Su misericordia.

Cuando escribí ese libro, dejé muy en claro que no estaba reclamando algo a Dios. Eso sería muy absurdo, solo estaba dejando en claro que a Dios debemos creerle, no podemos entenderle completamente. El Señor se encarnó en Jesús y experimentó lo que implican las debilidades humanas, pero nosotros nunca podríamos ser como Dios, para experimentar lo que implica ser Todopoderosos.

Conozco muy bien los dichos de Dios a través de Jeremías: ***“Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Dios, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Dios...”*** (Jeremías 9:24). Por lo tanto no estoy sugiriendo que no debemos desear conocer más de Él, lo que digo es que somos muy limitados al respecto.

Cuando pensamos que Dios actuará de determinada manera, no lo hace. Cuando creemos que no hará nada, se manifiesta con Su notable poder. Nunca entenderemos todo, no tenemos por qué. Moisés vivió tiempos tremendos, entre el milagroso éxodo y el lento peregrinar del desierto. Sin llegar a comprender todo lo que estaba aconteciendo en la nación, escribió: ***“Lo secreto le pertenece al Señor nuestro Dios, pero lo revelado nos pertenece a nosotros y a nuestros hijos para siempre...”*** (Deuteronomio 29:29); luego el

apóstol Pablo también escribió: *¡Qué profundas son las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Qué indiscifrables sus juicios e impenetrables sus caminos! (Romanos 11:33 NVI).*

Durante una de las fiestas de los judíos, el Señor Jesús subió a Jerusalén y llegó al estanque llamado Betesda, donde se encontraba una multitud de enfermos, ciegos, cojos y parálíticos que estaban esperando el movimiento del agua en busca de sanidad (**Juan 5:1 al 9**). Entre esa multitud, se encontraba un hombre que había estado enfermo durante treinta y ocho años. Cuando Jesús lo vio tendido y supo que ya había pasado tanto tiempo así, le preguntó” ¿Quieres ser sano? Y este hombre impotente para moverse, le respondió: *“Señor no tengo a nadie que me meta en el estanque cuando el agua es agitada; y mientras que me muevo yo, otro descende antes que yo. Jesús le dijo: Levántate toma tu cama y anda. Y enseguida el hombre fue sanado, tomo su cama y anduvo”*.

¿Por qué este hombre fue escogido entre todos los demás? No se nos dice que estaba clamando por su ayuda. No hay ni una sola palabra en este relato que sugiera que este hombre tuviera más derecho que los demás para recibir un favor especial de Dios. Sin dudas este hecho, fue un caso del ejercicio soberano de la misericordia divina, pues a Jesús, le hubiera sido exactamente igual de fácil, sanar a este hombre, que sanar a toda la multitud, que también estaban enfermos, procurando la sanidad en el estanque. Pero simplemente no lo hizo.

Jesús manifestó Su gracia y Su poder librando a este paralítico de su dura aflicción. Todos lo alabamos por eso, pero no queremos analizar, el motivo por el cual, no sanó a ninguno de los demás enfermos. Es más, si hubiésemos estado en la piel del paralítico seguramente habríamos testificado del amor y la misericordia de Jesús, pero si hubiésemos estado en la piel de alguno de los otros enfermos ¿Qué hubiésemos dicho? ¿Cuál sería nuestra conclusión?

Si yo procurara ser lógico y racional en mis enseñanzas, no podría ser maestro de la Palabra. El apóstol Pablo escribió claramente: ***“El mensaje de la cruz es una locura para los que se pierden; en cambio, para los que se salvan, es decir, para nosotros, este mensaje es el poder de Dios. Pues está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios; frustraré la inteligencia de los inteligentes. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el erudito? ¿Dónde el filósofo de esta época? ¿No ha convertido Dios en locura la sabiduría de este mundo? Ya que Dios, en su sabio designio, dispuso que el mundo no lo conociera mediante la sabiduría humana, tuvo a bien salvar, mediante la locura de la predicación...”*** (1Corintios 1:18 al 21).

No puedo hacerme el erudito o el filósofo respecto de las aflicciones humanas. Si quisiera intentarlo, solo terminaría avergonzado. Mi herramienta es la Palabra, y es lo único que voy a utilizar. Lógicamente, al hacer esto, algunos podrían pensar que solo soy como un pobre hombrecito, creyendo todo lo que está escrito en un libro. Y saben qué... Si alguien pensara eso, tendría razón, porque simplemente

estaría razonando. Yo solo he sido alcanzado por la verdad, que es Jesucristo y no me saldré de ella. De eso se trata la fe.

En una ocasión, cuando Jesús salió del templo, vio por el camino a un joven que había nacido ciego. Los discípulos le preguntaron: Maestro, ¿quién tiene la culpa de que este joven haya nacido ciego? ¿Fue por algo malo que hizo él mismo, o por algo malo que hicieron sus padres? Jesús les respondió: ***“Ni él ni sus padres tienen la culpa. Nació así para que ustedes vean cómo el poder de Dios lo sana”*** (Juan 9:1 al 3). Esto es muy difícil de asimilar, pero lo dijo Jesús. Tal vez no podemos comprender estas dimensiones del sufrimiento, pero ¿Quién puede rebatirlas?

La historia dice que Jesús escupió en el suelo, hizo un poco de lodo con la saliva, y se lo puso al joven en los ojos. Entonces le dijo: ***“Ve a la piscina de Siloé, y lávate los ojos”***. El ciego fue y se lavó, y cuando regresó ya podía ver (Juan 9:6 y 7). La gente veía al conocido joven y todos se maravillaban de su sanidad, y los que lo habían visto pedir limosna le preguntaban: ¿Cómo es que ya puedes ver? Y él les respondía: No sé, alguien llamado Jesús hizo lodo, me lo puso en los ojos, y me dijo que fuera al estanque. Yo fui, y en cuanto me lavé los ojos pude ver. ¿Se imaginan al joven tratando de explicar lo inexplicable?

Es más, ante la falta de lógica, llevaron al joven ante los fariseos, para que tratara de explicar lo que había ocurrido. Los fariseos le preguntaron: ¿Cómo es que ya puedes ver? El joven repitió una vez más: Jesús me puso lodo

en los ojos, y ahora puedo ver. Ante esto, los fariseos dijeron: ¿Cómo puede un pecador hacer milagros como este? Y debatiendo sobre el tema, no lograban ponerse de acuerdo.

Era tal la incertidumbre de los religiosos, que llamaron a los padres del joven, para verificar que realmente había sido ciego de nacimiento. En el interrogatorio, los padres respondieron: ***“De que este es nuestro hijo, y de que nació ciego, no tenemos ninguna duda. Pero no sabemos cómo es que ya puede ver, ni quién lo sanó. Pregúntenselo a él, pues ya es mayor de edad y puede contestar por sí mismo...”*** (Juan 9:20 y 21).

Increíblemente, los jefes judíos, no satisfechos con esto, volvieron a llamar al joven, y le dijeron: Júranos por Dios que nos vas a decir la verdad. Nosotros sabemos que el hombre que te sanó es un pecador. Entonces él les contestó: ***“Yo no sé si es pecador. ¡Lo que sí sé es que antes yo era ciego, y ahora veo!”*** Indudablemente los fariseos estaban tratando de analizar como eruditos lo que había ocurrido y solo estaban cayendo en ignorancia espiritual.

Ciertamente esta historia, me causa mucha gracia y no puedo escribir sobre ella, sin una sonrisa en mi cara. Imaginemos la situación. Los fariseos volvieron a preguntarle al joven: ¿Qué hizo? ¿Cómo fue que te sanó? Él les contestó: ***“Ya les dije lo que hizo, pero ustedes no me hacen caso. ¿Para qué quieren que les repita lo mismo? ¿Acaso también ustedes quieren ser sus seguidores?”*** (Juan 9:27). Esto es grandioso, no puedo imaginar la cara que

deben haber puesto esos enojados hombres, ante los dichos de este joven supuestamente ignorante.

De hecho, los jefes judíos lo insultaron y le dijeron: *¡Seguidor de ese hombre lo serás tú!* Nosotros somos seguidores de Moisés. Y sabemos que Dios le habló a Moisés; pero de ese Jesús no sabemos nada. Entonces el joven les respondió: *“¡Qué extraño! Ustedes no saben de dónde viene y, sin embargo, a mí me ha sanado...”* (Juan 9:28 al 30).

Simplemente no hay una explicación. Los eruditos trataban de razonar respecto de lo que había pasado. El joven, solo se sentía feliz por la gracia recibida. Durante varios años estuvo en aflicción, luego, de manera soberana, Dios irrumpió en su vida, sanándolo de su ceguera. Los religiosos trataban de encontrar explicación, pero así es la gracia, nadie puede explicarla, a menos que asuma el costo de quedar como un imbécil.

No sabemos por qué, Dios puede permitir que algunos nazcan sanos y otros ciegos como en este caso. Jesús dijo que detrás de eso no había un motivo humano, sino divino. Tampoco podemos entender la operación soberana para librarlo, a la vez que otros solo parecen permanecer en su condición. No sabemos ni debemos pretender. **1 Corintios 3:18** dice: *“Que nadie se engañe: si alguno de ustedes se cree sabio según la sabiduría de este mundo, vuélvase como un ignorante, para así llegar a ser verdaderamente sabio”* (DHH).

No podemos entender, pero debemos creer. Dios es Soberano y Todopoderoso. Nosotros tenemos el privilegio de ser parte de Sus diseños eternos. Nada de lo que acontece en la vida, está fuera del control y del conocimiento de Dios. No hay nada que Él no pueda hacer, y si algo permite, por algo lo permite. No podemos entenderlo, pero los hijos de la luz, podemos afirmar sin temor a equivocarnos, que Él sabe muy bien lo que hace, y sin dudas es lo correcto y lo mejor.

Un día, entenderemos lo que ahora no podemos entender. El apóstol Pablo, aun habiendo visitado el tercer cielo dijo: ***“Ahora vemos de manera indirecta, como en un espejo, y borrosamente; pero un día veremos cara a cara. Mi conocimiento es ahora imperfecto, pero un día conoceré a Dios como él me ha conocido siempre a mí...”*** (1 Corintios 13:12 DHH).

La verdad revelada, no es el consuelo de los tontos, y no es la credulidad de la pobre gente que se aferra a un libro para creer en algo. Cuando imagino la escena del joven sanado ante los imponentes religiosos. Veo a gente culta, prestigiosa, inteligente, intimidante, ante un joven iletrado, ignorante y pobre, pero absolutamente feliz. Veo a los que creen saber, hablando como necios y veo a un supuesto ignorante, disfrutando de la gracia recibida.

Nosotros podemos elegir de qué lado estar. Dicen que yo soy maestro de la Palabra, ciertamente he podido dar conferencias en muchas naciones de la tierra, y he tenido el privilegio de escribir más de cien libros, pero permítanme

ponerme junto al joven sanado por la gracia. No quisiera por nada del mundo, sentarme junto a los religiosos, tratando de juzgar neciamente las obras del Señor.

Yo solo sé que Dios existe, que Él hace como quiere, que no entiendo el porqué de muchas cosas, y no pretendo ver, más de lo que Él me permita. Es cierto que me gustaría que Él hiciera cosas que no hace, y me gustaría que no permitiera que sucedan algunas cosas que ciertamente permite. Pero al final, solo tapo mi boca y enmudezco, porque sé que es Él, quién hace y determina, no necesito más... Esa es mi paz, y esa mi esperanza...

***“Yo he guardado silencio, no he abierto la boca;
¡Nadie puede pedirte cuentas de lo que decides hacer!***

Salmo 39:9 BLS

Capitulo tres

JUSTOS, AMADOS Y EMPODERADOS

*“Porque los ojos del Señor están sobre los justos,
Y sus oídos atentos a sus oraciones; pero el rostro del
Señor está contra aquellos que hacen el mal”.*

1 Pedro 3:12

La justicia de Dios es implacable, y si alguien lo duda, vea a Jesucristo en la cruz del Calvario. La justicia no concede favores ni hace acepción de personas. La justicia, como tal, no muestra compasión ni muestra misericordia, por eso el Hijo de Dios tuvo que ir a la cruz. Sin embargo, esto era necesario, para que las ilimitadas dimensiones de la gracia pudieran manifestarse.

Nosotros debemos comprender, que la gracia no sobrepasa la justicia, sino que se fundamenta en ella, al reconocer la soberanía del Omnipotente. Esta es la forma en la que se abre camino para reinar por la justicia (**Romanos 5:21**). Es decir, si el Soberano reina, la gracia es justa en Él,

porque funciona en Su derecho. Es lógico que nosotros tengamos dificultades para entenderla.

La gracia vino a los hombres por medio de Jesucristo (**Juan 1:17**), por eso la vemos en toda la Biblia, porque Él es el principio y el fin (**Apocalipsis 22:13**). El problema para nosotros, surge cuando entramos al Reino por la gracia y después de unos años de practicar la fe, creemos que nuestra justicia es más fuerte que la gracia.

Es decir, las aflicciones de los justos, solo parece la identificación de una injusticia. Todos llegamos a creer que si somos justos, no deberíamos padecer aflicciones, porque tal cosa sería injusta. La verdad es que nuestra justicia solo es para Dios, como un trapo de menstruación (**Isaías 64:6**). Nosotros debemos tener muy en claro que somos justos por la gracia soberana. Somos justos en el Justo, es decir en Jesucristo, no por causa de alguna obra que hayamos realizado.

Cuando Dios nos eligió de manera incondicional e inmerecida, para convertirnos en sus hijos, justos y santos, habiendo sido nosotros unos pecadores, no pudo simplemente abrazarnos en Su comunión. Entre nosotros y Dios, tuvo que mediar la justicia y solo después de su operación nos pudo alcanzar la gracia. Dios es Santo, y ninguna clase de imperfección puede aproximarse a Su resplandeciente santidad sin ser castigada. En tal caso, es claro que nosotros estábamos descalificados para tal privilegio.

Debemos tener en claro, que nadie es perfectamente justo, excepto uno solo: “Jesucristo”. Pablo dijo en **Romanos 3:10**: *“No hay justo, ni aún uno...”* Por tanto, la verdad de la elección soberana de Dios no es suficiente para salvar a alguien. Los pecadores elegidos no éramos aceptables, teníamos que alcanzar justicia, lo cual era un hecho imposible por nuestra condición. Por esa razón, Dios envió al mundo a su Hijo.

La justicia de Cristo, fue el don de justicia que nosotros necesitábamos y que nunca podríamos haber alcanzado por nosotros mismos. Un versículo absolutamente importante respecto a este tema es el siguiente: *“Porque Cristo es el fin de la ley para justicia a todo aquel que cree”* (**Romanos 10:4**). Nadie en el mundo entero, excepto Jesús, ha cumplido o cumplirá jamás, lo que la Ley demanda para una fe perfecta y para una obediencia perfecta.

Ahora nosotros, estamos unidos a Cristo, tenemos una justicia y una posición santa delante de Dios. Estamos en Cristo, tenemos una unión vital en Él, y disfrutamos de una comunión perfecta con el Padre por la obra de Cristo consumada en la cruz, no por nuestra propia justicia. Cristo es la base de nuestra aceptación perfecta con Dios (**2 Corintios 5:21**).

El apóstol Pablo, nos dice en **2 Corintios 5:12**, que nosotros a través de la muerte expiatoria de Cristo somos declarados justos delante de Dios. Esta justificación de Dios en Cristo, llega a nosotros como una verdadera sustancia,

cuando nos alcanza la gracia, y con ella la luz para comprender la muerte expiatoria de Jesús (**Romanos 4:22 al 25**).

“Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres”

1 Corintios 1:25

Ningún hombre puede producir la justicia que Dios requiere, solo Jesucristo pudo hacerlo. Bajo estas circunstancias, solo nuestra fe en Él es contada por justicia (**Gálatas 3:26**). Cristo mismo se convierte en la justicia que necesitamos ante Dios (**2 Corintios 5:21**). Dios el Justo Juez nos ve, no como quienes permanecen en sus pecados, sino como quienes habitamos en Cristo. Él es nuestra posición perfecta, es sólo Su justicia la que pudo satisfacer la demanda perfecta de la Su Ley.

Esto es necesario que lo reitere varias veces, porque estamos tratando de comprender las aflicciones de los justos, y debemos tener muy en claro, que nosotros no somos justos por hacer obras de justicia, sino por la gracia soberana del Señor. Esto es muy importante, porque debería ser suficiente como para sacarnos totalmente de una postura de pobres víctimas.

Me refiero a ese sentido de justicia propia que nos hace pensar: *“Soy una buena persona, soy una persona de bien, creo en Dios, vivo tratando de tener buena conducta, de*

hacer las cosas bien... Voy a las reuniones, hablo del Señor, oro cada día, leo Su Palabra, escucho predicaciones, adoro y alabo Su Nombre... No sé porque estoy pasando por esta aflicción... ¿Qué estoy haciendo mal? ¿Qué me falta?"

Este análisis que parece lógico y que muchos cristianos se hacen, es absolutamente equivocado. La razón humana, no cuenta para la fe. No estoy sugiriendo con esto, que no podemos pensar, lo que estoy exponiendo, es que pensamos en dimensiones muy inferiores a las de Dios. De hecho, Él lo dijo a través del profeta Isaías: ***“Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos”*** (Isaías 55:8).

Tener pensamientos razonables, no significa pensar con el uso de la razón. Si razonamos todo, podemos llegar a ser inteligentes, pero no necesariamente sabios. A la verdad no se llega por la razón, porque la verdad no está compuesta de conceptos, sino que la verdad es una Persona (**Juan 14:6**). Esto implica que podemos evaluar una situación teniendo razón, pero sin llegar a pensar con la mente de Cristo, quién es la Verdad misma (**1 Corintios 2:16**).

Si observamos una aflicción y tratamos de encontrar motivos, puede que terminemos absolutamente engañados. Por el contrario, los pensamientos revelados por impartición del Espíritu, nos abren la puerta para que Dios concrete Sus

planes. La revelación es luz, no necesariamente ideas. Podemos llegar a ver sin entender motivos, pero eso es suficiente para caminar sin miedo, con paz y con la certeza de saber que Dios está en control.

Personalmente puedo decir que muchas veces he pasado aflicciones sin comprender motivos. Aún diría que después de varios años sigo sin comprender como elaboró el Señor, la necesidad de algunas situaciones, pero puedo asegurar que los procesos me han ido matando poco a poco, para que Cristo sea formado en mí.

No digo con esto, que estoy completamente muerto a mi “yo”, esa sería una presunción que demostraría lo contrario. Digo que después de esas aflicciones, ya no soy el mismo, y que dichos quebrantamientos solo han permitido que el Señor cambie mis intereses, y mi manera de mirar la vida.

Recuerdo que las primeras aflicciones que me sobrevinieron siendo ya cristiano, me desorientaron mucho, porque al recibir la vida de Dios, a través de experiencias tan contundentes y sobrenaturales como las que experimenté, llegué a creer, que viviendo con Dios de mi parte, ya no me pasarían cosas adversas. Sin embargo, estaba muy equivocado.

Con el tiempo comprendí, que pensar en vivir sin problemas por estar en Cristo, es un absurdo. Incluso enseñar tal cosa, es ignorar el noventa por ciento de la Biblia, que

claramente nos muestran las aflicciones de la fe. Todas las historias, de los principales personajes bíblicos, están impregnadas de grandes aflicciones.

La diferencia de ellos con otras personas, es que tuvieron confianza en el gobierno de Dios. Esa es la esencia de la fe, y lo que glorifica al Padre. Si negáramos el gobierno de Dios sobre la materia, si desconociéramos que Él es quién sustenta todas las cosas con la palabra de Su poder (**Hebreos 1:3**), desaparecería de nosotros, todo sentido de seguridad. Sin embargo, podemos estar confiados en Su poder.

La Biblia nos permite ver las aflicciones de hombres y mujeres que creyeron en Dios, que sostuvieron la fe y que lograron vivir, tremendas experiencias de Su poder. Es cierto que padecieron, pero también es cierto, que Dios se glorificó en sus vidas. Los relatos de sus experiencias, nos enseñan que Dios controla Su creación de manera absoluta.

Los cielos, la tierra, el mar, la flora, la fauna, las criaturas espirituales y todos los seres humanos, están bajo el absoluto gobierno del Señor. Si algo ocurre, es porque Él lo genera, o simplemente lo permite, pero nada, ni nadie puede operar fuera de Su soberanía.

Dios puede crear la luz, producir la vida, o ponerle un límite al mar. Él puede alargar el día, abrir las aguas, hacer caer pan del cielo, o hacer brotar agua de una roca. Él puede hacer hablar a una mula, dirigir a un gran pez para tragar a un profeta, o mover a un caracol para secar un arbusto. Él puede

derribar los muros de una ciudad, o vencer ejércitos con Su aliento, Él puede hacer todo lo que considere, en el tiempo que lo desee, porque Él es Todopoderoso.

El Señor puede enloquecer a un rey, tapar bocas de leones, sanar aguas enfermas, o hacer fértil un desierto. Él puede encarnar en un pequeño bebé, crear vino, multiplicar alimentos, sanar enfermos, resucitar muertos, sacar monedas de la panza de un pescado, o hacer nacer a los hombres por segunda vez. Él es Todopoderoso y Soberano. Nuestras vidas no vagan por el universo sin control, todos estamos en Sus manos.

Como verán, esto no nos libra de las aflicciones, pero nos permite vivir en la paz del Reino, porque podemos caminar en la fe, fundamentados en las operaciones de Su Soberana voluntad. Esto no nos libra del dolor, pero nos permite sobrellevar cada momento, con la certeza de que Él está con nosotros cada día y hasta el fin del mundo (**Mateo 28:20**).

Él conoce nuestro caminar, conoce desde lejos nuestros pensamientos. Él escudriña nuestro andar y nuestro reposo, todos nuestros caminos le son conocidos, conoce nuestras palabras, antes que salgan de nuestra boca, y nos ha rodeado con Su favor (**Salmo 139:1 al 5**). Su mano está detrás, delante y sobre nosotros. Somos la niña de sus ojos (**Zacarías 2:8**).

No hay lugar a donde podamos ir sin que Él lo sepa, no hay nada que nos pueda acontecer, sin que Él lo controle. Él tiene contados nuestros cabellos (**Lucas 12:7**), Él escudriña nuestra mente y nuestro corazón (**Salmo 139:23**). Él conoce nuestras intenciones, nuestros temores, nuestro orgullo y nuestro valor.

Él sabe lo que es mejor para nuestras vidas, Él sabe lo que podemos afrontar y hasta donde llega nuestra fortaleza. Él no nos probará más allá de lo que podamos soportar (**1 Corintios 10:13**). Es cierto que Él puede permitir que las aflicciones golpeen nuestra vida, pero también nos dará fe, paz, paciencia, gozo, confianza, fortaleza, integridad, valor, y todo lo que necesitemos para salir aprobados.

No estoy diciendo que las aflicciones son fáciles de superar, no estoy diciendo que son deseables, o que no nos produzcan dolorosas consecuencias. No estoy sugiriendo que disfrutemos, ni que procuremos entender las situaciones adversas. Solo digo que, ante el inevitable camino de la aflicción, nos aferremos en la fe, de un Dios Soberano y Todopoderoso, que nos ama con perfecto amor.

“También le pido a Dios que Jesucristo viva en sus corazones, gracias a la confianza que tienen en él, y que ustedes se mantengan firmes en su amor por Dios y por los demás. Así ustedes podrán comprender, junto con todos los que formamos el pueblo de Dios, el amor de Cristo en toda su plenitud. Le pido a Dios que ustedes puedan conocer ese amor, que es más grande de lo que

podemos entender, para que reciban todo lo que Dios tiene para darles. Dios tiene poder para hacer mucho más de lo que le pedimos. ¡Ni siquiera podemos imaginar lo que Dios puede hacer para ayudarnos con su poder!”

Efesios 3:17 al 20 PDT

Capitulo cuatro

LA GRACIA DE DIOS Y LAS AFLICCIONES

La gracia es definida como “el favor inmerecido de Dios”. El problema es que si es inmerecido, nadie puede reclamarla porque humanamente es injusta y exagerada. Si la gracia no se gana ni se merece, es que nadie tiene derecho a ella, por eso es gracia. Lo curioso de la gracia es que los cristianos la recibimos con todo gozo, pero creo que no nos sorprendemos tanto del favor inmerecido.

Tal vez, uno de los motivos de esto, es que nos predicaron mal el evangelio. Esto no es el resultado de malas intenciones, sino de mala preparación. Generalmente se predica que debemos aceptar a Jesús como el salvador. En algunos casos, se llega a plantear esto, tal como si nosotros le hiciéramos un favor a Dios.

Incluso, hay quienes citan **Apocalipsis 3:20**, que dice: *“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo”*. Esto lo dicen, tratando de convencer a las personas de aceptar

a Jesús, dejándolo entrar en sus vidas. En realidad, estas palabras fueron dichas a la Iglesia de Laodicea, no a los incrédulos.

No se puede presentar a Dios, como alguien que golpea la puerta pidiendo entrar y comer. Eso llega incluso a aumentar el orgullo de los que escuchan. El evangelio del Reino presenta al Señor que salva, no al salvador que pide entrar a comer. Esta mala predicación, crea en las personas una consciencia equivocada. Es por eso, que suelen recibir la gracia sin comprender lo que han recibido.

Es más, la gente que llega al evangelio por causa de problemas personales, tiene la tendencia de percibirse como víctimas de la vida, y se acercan buscando la ayuda de Dios. Nuevamente esto es incentivado por quienes predicán, lo cual tiene un aspecto correcto, pero sin una clara exposición del evangelio, la gente llega pidiendo, sin comprender la gracia de lo que en realidad recibe en la persona de Cristo.

Quienes llegan a la Iglesia con ese tipo de predicación, no solo no valoran la gracia, sino que terminan considerando que Dios tiene el compromiso de resolver sus problemas y mejorarles notoriamente la calidad de vida. Estas ideas, con el tiempo llegan a crearles un conflicto, porque asumen que Dios tiene un compromiso que en realidad no tiene, y cuando llegan los problemas, no saben cómo deben asimilarlos.

Quienes no hayan recibido la luz, generalmente concluyen, que las situaciones de la vida son justas si las

merecen, o injustas si no reflejan los resultados lógicos de todo mérito. Una vez que se disponen a vivir piadosamente, es lógico para ellos, que les tiene que ir bien, porque antes vivían injustamente y tenían problemas. Se supone que ahora que son miembros de la Iglesia y han cambiado su conducta, les tiene que ir bien en todo.

El problema es que esas conclusiones, no logran sostenerse ante el Señor. No porque Él sea injusto, sino porque Él es Soberano, y en los bajos razonamientos humanos, eso es incomprensible. Nosotros pensamos que si alguien hace las cosas bien, le tiene que ir bien, pero si hace las cosas mal, tiene que padecer resultados adversos. Eso sería lo correcto para nuestra forma de ver, pero eso no siempre es así.

Hay personas que evitan riesgos, y sufren accidentes, mientras que otros, practican deportes de alto riesgo y no sufren consecuencias. Hay quienes se alimentan sanamente y se enferman, mientras que otros que comen muy mal, parecen tener buena salud. Hay niños que enferman de cáncer, mientras que hay algunos que llegan a ser ancianos, cuando han fumado, o descuidado su cuerpo toda la vida.

Hay quienes trabajan honestamente y ganan muy poco, mientras que otros prefieren delinquir y terminan millonarios. Algunos pierden sus bienes injustamente y otros ganan cifras millonarias de manera absurda. Algunos nacen en pobreza y otros nacen en riquezas obscenas. En ocasiones no hay lógica ni razón para todo esto.

Hay algunos que son muy fieles en el amor, y los terminan traicionando, mientras que otros que son infieles, tienen a quien los ame con pasión. Hay personas que actúan con justicia y sufren la injusticia, mientras que otros, actúan injustamente y parece que les va muy bien.

No siempre ocurre así, ni todo es injusto, pero ciertamente en la vida vemos de todo. Es por eso, las personas al incluir a Dios en sus razonamientos, terminan concluyendo que Dios no existe, que si existe no es Todopoderoso, que no es justo, o que no puede ser bueno, porque pudiendo intervenir para bien, simplemente no lo hace.

Por otra parte, cuando comenzamos a congregarnos, leemos la Biblia y escuchamos infinidad de sermones, todos basados en las proezas de los personajes bíblicos. De cómo vencieron problemas, soportaron adversidades y vivieron en fidelidad. Aprendemos que con Dios, se puede seguir adelante y alcanzar las metas que nos proponamos, pero curiosamente escuchamos todo, con un enfoque positivo.

Lógicamente, cualquiera podría concluir que eso está bien, que de eso se trata la fe, pero me refiero al hecho de no visualizar que todos los personajes bíblicos, incluyendo a Jesucristo, padecieron grandes aflicciones. La Biblia sí enseña que estos admirables personajes, fueron fieles a Dios y no dejaron de creer a pesar de todo, pero curiosamente, no llegamos a percibir que la enseñanza fundamental, está en cómo superar aflicciones, no en el hecho de no tenerlas.

Por ejemplo observemos al apóstol Pablo, aunque su entorno era muy diferente al nuestro, algunas dificultades que enfrentó, siguen siendo las mismas que podemos llegar a enfrentar nosotros, como la tentación, las dificultades afectivas, la persecución y el pecado. Satanás tampoco cambia. Por tanto, cuando el apóstol escribió que estuvo abrumado más allá de sus fuerzas, sus palabras estaban respaldadas por la experiencia.

Pablo dice: *“Perdimos la esperanza de conservar la vida”* (1 Corintios 1:8), pero dejó en claro que creyó que el Señor le sostendría durante las luchas. Él había aprendido a confiar en el Señor en la aflicción. Al igual que muchos otros hombres y mujeres de fe de su época, Pablo soportó situaciones increíbles, muy difíciles de sobrellevar, pero el Señor le dio la victoria, no necesariamente librándolos de los problemas, sino dándoles la capacidad y la sabiduría para superarlos. Es claro que entendemos el poder de Dios, solo cuando llegamos al límite de nuestras fuerzas y sentimos Su presencia respaldándonos.

El poder divino es más que suficiente para superar las dificultades del mundo, las tentaciones de Satanás y las consecuencias del pecado. Eso no significa que los creyentes estemos exentos de tristezas y sufrimientos, sino que tenemos la promesa de que Dios suplirá nuestras necesidades en cada prueba y congoja (**Filipenses 4:19**). Nuestra fe se fortalece cuando confiamos en Él, no cuando no tenemos problemas.

En realidad, toda la historia de la iglesia está llena de dificultades y persecución. El propio nacimiento de la iglesia fue con gran dolor. Muchos cristianos no quieren aceptar este hecho en sus vidas y buscan eludir esto metiéndose en un caparazón. Pero este no fue el proceder de aquellos creyentes, ni de los apóstoles que dejaron su legado de aflicción.

Pablo sufrió mucho, pero sin embargo notamos que en su alma no quedaba ni una pizca de acusación o de amargura contra el Señor, por el contrario llegó a decir que se gloriaba en sus tribulaciones (**Romanos 5:3**). Esto era así porque él entendía que todas estas adversidades eran usadas poderosamente por el Señor para la formación de su carácter, llegando a decir que la tribulación producía en él paciencia.

Pablo también aceptaba con satisfacción sus pruebas y penalidades en la esperanza de que, por causa de su fe, sus convertidos y demás creyentes también pudieran ser librados al guardar su ejemplo (**2 Corintios 4:12**). No se convirtió en un amargado. Nunca culpó a Dios por sus sufrimientos. Él lo recibió todo como parte de su compromiso con Cristo, y confió en que Dios se encargaría de todo. Nada le hizo retroceder o rendirse.

Cuenta una famosa historia, mencionada como ejemplo en varios libros de motivación o de liderazgo empresarial, que Winston Churchill, de niño había asistido a la escuela sin mucho éxito, ya que había repetido unas tres veces el octavo curso, no porque fuera un transgresor, sino porque en realidad le costaba mucho aprender.

Esto fue algo muy irónico, porque años después, la Universidad de Oxford le pidió a Churchill, ya siendo el primer ministro de la nación, pronunciar el discurso de la fiesta de graduados. Para este acontecimiento llegó con sus acompañantes habituales; un bastón y su famoso sombrero. Mientras se aproximaba al podio, el público le brindó aplausos de gran admiración.

Churchill, con pausada calma, enfrentó la multitud mientras se disponía a hablar ante sus admiradores. Luego colocó el sombrero sobre el atril y mirando directamente a la ansiosa audiencia, gritó con una voz llena de autoridad: ¡Nunca se rindan! El auditorio se quedó en silencio, transcurrieron algunos segundos, y puesto de puntillas gritó nuevamente: ¡Nunca se rindan! Y aún hizo lo mismo una tercera vez.

Sus palabras retumbaron a través del auditorio. Todos permanecieron inmóviles y callados mientras Churchill alargaba su brazo en busca de su sombrero, y ayudándose con su bastón abandonó la tribuna. Su discurso había terminado. El discurso de graduación de Churchill fue sin duda el más corto y elocuente jamás pronunciado en Oxford. Aun así, su mensaje fue también uno que todos los presentes recordaron durante el resto de sus vidas.

El ejemplo de Churchill, no es bíblico, pero es el ejemplo de un ser humano, que ciertamente tuvo que enfrentar tremendas controversias en tiempo de guerra. Tuvo más que una nación sobre sus hombros, sus decisiones

definieron el rumbo de una guerra mundial, en la que estaban involucradas varias naciones.

Lo que Churchill expresó, no fue un mensaje motivacional para un montón de jóvenes universitarios, fue la expresión de alguien que vivió la experiencia y estaba tratando de comunicarla. Eso mismo fue lo que Pablo hizo, cuando escribió sobre sus aflicciones en sus epístolas.

Por ejemplo, cuando Pablo, sufrió la desertión de Juan Marcos cuando llegaron a Perge de Panfilia, y le produjo un gran conflicto con su amado amigo Bernabé, fue algo muy duro para él (**Hechos 13:13; 15:36 al 41**). La Biblia nos cuenta, que sin motivo aparente Juan Marcos les abandonó y regresó a Jerusalén. Sin duda es difícil seguir adelante cuando uno se siente abandonado. En esos momentos es fácil ceder al desánimo y desmayar.

En el ministerio cristiano siempre se producirán desertiones y puedo asegurar que esas desertiones, provocan mucho dolor. Muchas personas abandonan las iglesias sin razón alguna, y quienes hemos trabajado para servirlos, no podemos evitar crear vínculos de afecto. Es por eso, que al momento del abandono, se sufre mucho, pero hay que seguir adelante. Pablo no era de los que retrocedían. Ellos siguieron adelante con la mirada puesta en el objetivo.

Tampoco los detractores le hicieron retroceder. Cada iglesia que Pablo fundaba era visitada por sus opositores, que no sólo ponían en duda su autoridad apostólica, sino que les

predicaban otro evangelio basado en las obras de la ley. Eran personas críticas, muy negativas, que cuestionaban todo lo que Pablo hacía, intentando señalar en él, las motivaciones más oscuras. Por supuesto, todo buen ministro tendrá sus detractores que le seguirán por todas partes. Estos abundan. Son decididos y perseverantes. Están en todas partes, incluso dentro de la iglesia. Y aunque en muchas ocasiones no se den cuenta, son obstáculos de Satanás para el avance de la obra de Dios.

Es cierto que nosotros ahora admiramos a Pablo, pero en su tiempo fue muy cuestionado. Por supuesto, eso no consiguió alterar el curso de su ministerio. Pablo no se atemorizó, ni perdió el enfoque, tampoco empezó a lloriquear, ni a vacilar, y por supuesto no se planteó cambiar el mensaje buscando mayor aceptación.

Por ejemplo, cuando era rechazado en las sinagogas judías, él salía de allí y se iba a los gentiles. Al apóstol no le importaba la fama o la fortuna, no dependía del aplauso de los demás. Él no hacía caso de esas cosas pasajeras, su única ambición era que Cristo fuera predicado allí donde no había sido nombrado.

Pablo es un buen ejemplo de esta voluntad férrea de seguir adelante sin rendirse. Podemos recordar todas las calamidades que Pablo y Bernabé tuvieron que pasar en su primer viaje misionero. Al llegar de regreso a sus casas, muchos en su lugar habrían pensado que ya era suficiente, que ya habían pagado el precio. Pero Pablo no era así. Al

poco tiempo buscó a Bernabé con la finalidad de regresar nuevamente a los mismos sitios donde habían estado anteriormente, y esto a sabiendas de que muy probablemente volverían a tener problemas (**Hechos 15:36**).

A Pablo nunca le faltó el valor, y eso a pesar de todo lo que ya había sufrido. Nos sorprende cómo después de que fuera apedreado en Listra, al día siguiente salió de la ciudad rumbo a Derbe para continuar predicando la Palabra (**Hechos 14:19 y 20**). El entusiasmo de Pablo nunca flaqueó, y nunca pensó en volver atrás. Él pudo frustrarse, sabiendo que antes de conocer a Dios era un hombre sin problemas, con prestigios social y con mucha autoridad, pero curiosamente después de recibir la gracia, habían comenzado sus problemas.

Ya hemos considerado que las presiones que atravesó Pablo fueron muy intensas. Además, hubo momentos en los que estuvo solo sin tener nadie en quien apoyarse. Por otro lado, sufrió muchas desilusiones en la obra de Dios. En algunos casos hubo personas que prometían mucho pero que se echaron atrás (**Hechos 13:13**), en otras ocasiones algunos de sus colaboradores le desampararon y se volvieron al mundo cuando él más los necesitaba (**2 Timoteo 4:10**).

También hubo momentos cuando la obra que realizaba parecía que no avanzaba, por un lado estaban los judaizantes que se infiltraban en las iglesias que él fundaba para pervertir el evangelio que les había predicado. Por otro lado a veces crecían los problemas internos en las iglesias que parecían no

madurar, sino que se consumían en luchas internas. Todos estos problemas pueden llevar al desánimo y a la pérdida del entusiasmo.

Pablo perseveraba bajo todas estas presiones. Cuando escribe a los Corintios hizo una lista de todas las adversidades por las que atravesaba, pero finalmente concluye: “**No desmayamos**” (2 Corintios 4:16). La razón se encontraba en el poder de Dios. El ministerio que permanece es el ministerio que persevera tenazmente durante períodos de gran persecución. No es el vacilante, ni el que necesita del aplauso de la gente, es el sufrido y el que se aferra solo a Dios.

También tenemos el histórico momento, en el cual Pablo, después de haber sido azotado con varas y encarcelado en Filipo junto a Silas, cantaron adorando al Señor (**Hechos 16:23 al 25**). Muchos en esas mismas circunstancias estarían lamentándose de su desgraciada situación, pero Pablo y Silas se negaron a permitir que las circunstancias determinaran sus actitudes.

En la carta que escribió a los Filipenses, Pablo mencionó varias veces sus circunstancias, todas relacionadas con su confinamiento como prisionero (**Filipenses 1:13 al 16**). No es difícil imaginarnos cómo esto tuvo que afectar a un hombre tan dinámico como Pablo. Su deseo habría sido andar de ciudad en ciudad, predicando en las calles y en las plazas, fundando nuevas congregaciones allí donde el

evangelio todavía no había sido predicado. Pero aunque estuvo mucho tiempo privado de eso, su fe nunca menguó.

Hasta donde sabemos, pasó dos años encarcelado en Cesarea y otros dos años en Roma. Otro en su lugar se habría desesperado después de tanto tiempo encerrado dentro de las estrechas paredes de una prisión, pero Pablo no permitió que sus circunstancias le obligaran a terminar su carrera antes del tiempo marcado por el Señor.

Leyendo las cartas que escribió desde su cautiverio comprobamos que su mente no se estancó en la inactividad y la desesperación. Por el contrario, se valió de todas las posibilidades que su nueva situación le proporcionaban, y convirtió aquel reducido cuarto, en un cuartel general desde el que dirigir una incesante actividad misionera.

En aquella celda, Pablo fijó el punto de apoyo de una palanca con que movió el mundo. No permitió que las injusticias que sufría le llenaran de amargura e irritación y buscó nuevas oportunidades para hacer el bien en las situaciones que se le presentaban. Y si reflexionamos sobre esos años de la vida de Pablo, fácilmente concluiremos que fueron los más fructíferos de su ministerio.

Por un lado, pudo predicar a los soldados que le custodiaban por turnos, de tal manera que el evangelio fue conocido en todo el pretorio (**Filipenses 1:13**), y así comenzó un avivamiento que se extendió por los cuarteles de la casa imperial.

Pero también, el hecho de que Pablo estuviera inmovilizado en una cárcel le impedía visitar las iglesias que él había fundado, de tal modo que tuvo que escribir varias cartas para tratar los diferentes problemas que iban surgiendo. Sin duda esto fue dirigido por la providencia divina, porque si Pablo hubiera ido en persona a estos lugares, nosotros no tendríamos hoy, de muchas de sus cartas, y habríamos perdido su importantísima enseñanza.

Ante esta perspectiva, el apóstol sentía gozo en medio de sus tristes circunstancias. Como él decía: ***“Cristo es anunciado; y en esto me gozo, y me gozaré aún”*** (Filipenses 1:18). Cuando veía que el evangelio progresaba y que el Señor Jesús era ensalzado, Pablo estaba contento y podía seguir sufriendo hasta lo sumo, porque consideraba que valía la pena.

Pablo no permitió que sus circunstancias determinaran su grado de contentamiento. Vivió por encima de sus circunstancias y no estuvo dispuesto a sentirse como una víctima digna de compasión. No cultivó un carácter amargado, ni se endureció por las dificultades, no se llenó de rencor, ni se volvió un hombre negativo. Y todo esto porque entendió que él estaba allí por decisión divina, y por lo tanto decidió someterse gustosamente a tal situación.

“He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado

como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”.

Filipenses 3:11 al 13

El estancamiento espiritual es hoy uno de los problemas más comunes entre los cristianos. Y esto es grave, porque cuando perdemos la frescura espiritual, nuestra visión empieza a empañarse. Dejamos de ver la gloria del evangelio, y ya no nos emociona servir al Señor, y por supuesto, tampoco sentimos ningún entusiasmo por servir a nuestros hermanos, más bien nos enfocamos en las aflicciones personales.

Pero ¿cómo es posible en medio de todas las presiones que nos acosan mantener la frescura espiritual? El apóstol Pablo conocía bien el secreto. Él mantuvo la misma ilusión desde el comienzo de su ministerio hasta el final. La clave está en una renovada comunión con el Señor cada día por medio de la Palabra, la oración y tiempo de verdadera calidad para una profunda comunión con el Espíritu Santo.

Cuando dejamos de mirar al Señor, las aflicciones parecen mayores y fácilmente nos desanimamos. Debemos tener en claro, que las aflicciones personales nos capacitan para consolar a los demás. Pablo comprendió eso, y escribió con la esperanza de que nosotros también podamos comprenderlo.

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios”.

2 Corintios 1:3 y 4

Capítulo cinco

LA SOBERANÍA REVELADA

“¿Qué, pues, diremos? ¿Qué hay injusticia en Dios? En ninguna manera. Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca. Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia”.

Romanos 9:14 al 16

En el primer capítulo del libro, planté el fundamento de la soberanía de Dios, pero no me sumergí absolutamente en el asunto, sencillamente porque deseaba introducir el tema en el contexto de las aflicciones, de nuestra justicia y de la gracia sobre nuestras vidas. Ahora sí, voy a retomar la soberanía, porque es necesario que vayamos por aguas más profundas, si es que pretendemos descubrir sus tesoros.

La soberanía absoluta de Dios, es algo que no se puede discutir bíblicamente, pero curiosamente, muchos pretenden ignorar sus dimensiones, tal como si no quisieran adjudicarle a Dios ciertas responsabilidades. Tal vez procuran defender

a Dios, de su participación en algo que nosotros podemos apreciar como malo, pero no es así. Nuestro Dios es Santo y no hay necesidad de defenderlo en el planteo de Su soberanía.

La cuestión es simple, o Dios gobierna todo, o es gobernado por algunas cosas. O Dios dirige todo, o sufre los destinos determinados por otros seres. O Dios es absolutamente Soberano, o hay algunas criaturas, y sobre todo algunos hombres, que simplemente están fuera de Su autoridad y es incapaz de corregir sus rumbos.

La pregunta sería: ¿Alguien podría considerar difícil responder a estas opciones? A simple vista, diría que nadie se atrevería a cuestionar la Soberanía de Dios, pero a la misma vez, creo que hay muchos que comienzan a trabajar sobre ciertos límites para que nadie pueda cuestionarlo. ¿Si puede hacer algo para cambiar voluntades malas, porque no lo hace? ¿Si puede evitar situaciones malas, porque no lo hace? Y si no puede ¿Podríamos decir que es Soberano y Todopoderoso?

¿Diremos que el hombre es un ser tan rebelde que escapa al control de Dios? ¿Diremos que el pecado es tan poderoso que el Señor solo debe huir del mal? ¿O diremos que por haber sido el hombre dotado de responsabilidad moral, Dios lo ha dejado sin control alguno? Realmente pregunto: ¿Podemos llegar a pensar, que el hombre, que Satanás, o que alguna criatura creada, puede obrar fuera del poder soberano de Dios?

Lo que quiero exponer claramente, es que Dios, no solamente puede encaminar a bien cualquier acción de los hombres, o del mismo infierno. Él puede permitir que el mal avance sin que esto implique Su complicidad. Todos aceptan el día del juicio final, porque todos lo presentan a Dios como Soberano sentado en Su trono para juzgar, pero quiero decirles que Él ya está en Su trono y es el Rey de gloria. Que Él no haga algunas cosas, no significa que están fuera de Su control.

Yo puedo ver por las Escrituras, que toda criatura, que todo ser humano, y que todo espíritu inmundo, incluyendo al mismo Satanás, no pueden hacer otra cosa, que terminar ejecutando con sus acciones, lo que desencadenará la consumación de los designios secretos del Altísimo.

Aclaro que no estoy planteando esto como una posibilidad, ni abriendo a debates sobre opiniones, estoy diciendo que al observar las Escrituras no quedan dudas respecto de la soberanía de Dios. Por eso dice: ***“Del hombre son los planes del corazón, pero de Dios es la respuesta de la lengua”*** (Proverbios 16:1). Consideremos que este escrito no es del Nuevo Pacto, fue escrito por la inspiración del Espíritu Santo, en la pluma de Salomón. Veamos que este pasaje se refiere a todo “hombre”, no simplemente a los creyentes.

“El corazón del hombre traza su camino, pero Dios dirige sus pasos” (Proverbios 16:9). Y si Dios endereza los pasos de los hombres, ¿No es esta, una clara evidencia de Su

soberanía? También dice: *“Muchos planes hay en el corazón del hombre, pero sólo el propósito de Dios se cumplirá”* (Proverbios 19:21). ¿Puede esto significar otra cosa diferente de lo que simplemente dice?

“Y yo endureceré el corazón de Faraón, y multiplicaré en la tierra de Egipto mis señales y mis maravillas. Y Faraón no os oirá; mas yo pondré mi mano sobre Egipto, y sacaré mis ejércitos, mi pueblo, los hijos de Israel, de la tierra de Egipto, con grandes juicios”.

Éxodo 7:3 y 4

¿No parece injusto que Dios haya endurecido el corazón de Faraón complicando la salida del pueblo y luego castigara a Egipto por las decisiones del faraón? ¿Por qué endurecería Dios el corazón de faraón, solo para que Él pudiera juzgar a Egipto más severamente con plagas adicionales? Esto sería aceptable para nosotros si fuéramos hebreos a punto de ser liberados, pero ¿Qué nos pasaría si fuéramos egipcios en esa época?

Podemos alegar que el faraón cuyo corazón Dios endureció, era un hombre malvado, y la gente a quien gobernaba también lo aprobaba, o al menos no se oponían a sus malas acciones, pero esa no es la cuestión. Reitero, no estoy pretendiendo defender el accionar de Dios, solo estoy dejando en claro que Él puede hacer lo que quiera y cuando quiera.

Romanos 9:17 y 18 declara, *“Porque la Escritura dice a Faraón: Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra. De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece”*. Desde la perspectiva humana, parece incorrecto que Dios endurezca a una persona y luego castigue a la misma persona que Él endureció. Sin embargo, hablando bíblicamente, todos hemos pecado contra Dios (**Romanos 3:23**), Dios no hace pecar a nadie, lo endurece en su propio pecado, no modifica su condición, ni siquiera para perdonarlo.

Es claro que el castigo por el pecado es la muerte (**Romanos 6:23**). Por lo tanto, el que Dios endurezca y castigue a una persona es justo, de hecho, Dios es tan Justo, que siendo Soberano como para determinar cualquier perdón, envió a Su Hijo amado a morir en lugar de todos los pecadores. Él podría haber dicho, los perdono a todos y listo, pero Él no hizo eso, Su justicia demandaba la muerte y eso es ineludible para Él, porque es soberanamente Justo.

De esa manera Él no solo nos perdonó, sino que nos justificó a través de matarnos en Cristo. Su justicia es implacable y era necesaria la muerte. Luego resucitó al Hijo, lo cual nos extiende la gracia de la vida en Él. Dios es misericordioso, pero una cosa es clara, no está dispuesto a pasar por alto Su voluntad y Su justicia, aunque esto implique la muerte de Su Hijo (**Mateo 26:39**).

Qué diremos de la elección de Noé, de Abraham, de Moisés, de Gedeón, de David, de Jeremías o de cualquier otro personaje. Qué diremos de María, de los magos del oriente, de sus discípulos, incluyendo a Judas, de Zaqueo, del Gadareno, o de Lázaro, acaso no fue la elección de Dios obrar en sus vidas, eligiéndolos y haciendo algo con ellos. Como dice **Proverbios 21:1**: *“Como una corriente de agua es el corazón del rey en la mano de Dios, quien lo conduce a todo lo que quiere”*. ¿Alguien puede dudar de esto?

“El consejo de Jehová permanecerá para siempre, y los pensamientos de su corazón, por todas las generaciones” (Salmo 33:11). *“Porque Jehová de los Ejércitos lo ha decidido; ¿quién lo invalidará? Su mano está extendida; ¿quién la hará volver atrás?”* (Isaías 14:27). *“Acordaos de las cosas del pasado que son desde la antigüedad, porque yo soy Dios, y no hay otro. Yo soy Dios, y no hay nadie semejante a mí. Yo anuncio lo porvenir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no ha sido hecho. Digo: Mi plan se realizará, y haré todo lo que quiero”* (Isaías 46:9,10). No hay la menor duda en estos pasajes, que es imposible que el propósito de Dios no se cumpla por causa de algún determinado ser creado, o alguna circunstancia de la vida.

Dios generó el diluvio universal, y luego determinó que nunca más ocurriría algo así. Dios eligió a Jacob desde el vientre de su madre y aunque Isaac quisiera bendecir a su primogénito, los planes de Dios terminaron concretándose. Esaú juró vengarse de Jacob, pero cuando se encontraron

después de la separación, en vez de volcar su odio contra él como había pensado, solo pudo abrazarlo con lágrimas de gozo, porque cuando Dios determina algo, así se cumple.

Dios determinó que José gobernaría, y cuando sus hermanos planearon su destrucción, Dios lo permitió, porque estaba dirigiendo el curso de la historia para llevarlo a Egipto. De hecho, el mismo José terminó reconociendo esto ante sus hermanos diciéndoles: ***“Ahora, pues, no os entristezcáis, ni os pese de haberme vendido acá; porque para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros”*** (Génesis 45:5).

Lo que estaba diciendo José es: *“No piensen que la maldad de ustedes me trajo a Egipto para gobernar. Fue la mano del Todopoderoso que determinó mis pasos para sentarme en lugares de autoridad en la nación más poderosa de la tierra”*. Amados, nuestro destino no está en las manos de algunos hombres perversos, ni está en las manos de Satanás. Es Dios quién nos tiene en Sus manos, y nada ni nadie puede impedir la consumación de Sus planes.

El rey Balac sedujo al profeta Balaam para que maldijese a los israelitas, pero Dios le obligó a bendecirlos. Amán erigió una horca para Mardoqueo, pero fue él quien terminó colgado en ella. Jonás resistió la voluntad de Dios, y pensó que podía huir, pero al final terminó predicando en Ninive, porque si Dios dice que haremos algo, eso haremos. Comprando un pasaje en primera clase, o procesados en la panza de un pez, pero eso haremos, porque Dios es Soberano.

¿Acaso Dios puede ser estorbado por la rebelión de sus mezquinas criaturas? De ninguna manera: **“El que habita en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos” (Salmo 2:4)**. Su voluntad está por sobre toda criatura creada, nada puede ocurrir sin que Él lo sepa, le genere o lo permita.

Vuelvo a plantear lo mismo que en el capítulo uno de este libro: ¿Por qué es importante que comprendamos la soberanía de Dios? Porque no somos víctimas de la vida, porque no somos víctimas de otras personas, y no somos víctimas de las tinieblas. Es cierto que podemos atravesar tremendas aflicciones. Incluso es posibles, que nadie entienda nuestro dolor, pero no somos víctimas, somos hijos de Dios, creados para reflejar la gloria de Su poder.

Tal vez algunos, con cierta liviandad se apresurarían a decir que lo que preferirían es no tener problemas, pero puedo asegurarles que no es así. El mayor privilegio que puede tener una criatura creada es que Dios proyecte Su luz a través de ellos. Si nosotros comprendiéramos los alcances del Nuevo Pacto, veríamos que Dios, no solo hace esto con nosotros, sino que nos mete en Su esencia para que no solo tengamos Su luz, sino para que seamos la Luz (**Mateo 5:14**).

Debemos tener paz, la vida está llena de hermosos momentos y de inolvidables circunstancias, pero también está cargada de muchas injusticias y aflicciones. Ante esto, debemos saber, que hay cosas que Dios genera, y hay cosas que Dios permite, pero nada, absolutamente nada está fuera de Su control. Esto es así, y no deberíamos tratar de excusar

a Dios, porque no hay injusticia en Él, porque es el Soberano y punto. Solo debemos descubrirlo y comprender que detrás de todo lo que nos ocurre, Él está operando Sus designios.

En tal caso, también podemos preguntarnos: ¿Qué papel juega el diablo y cual el poder de las tinieblas? Bueno, a Satanás en la Biblia se lo llama “*el príncipe de este mundo*” (**Juan 12:31; 14:30; 16:11**), o “*el dios de este siglo*” (**2 Corintios 4:4**), o “*el príncipe de la potestad del aire*” (**Efesios 2:2**), o “*el gobernador de las tinieblas de este siglo*” (**Efesios 6:12**). Esto implicaría que deberíamos tomarlo como un ser que tiene poder, pero sin dudas tiene grandes límites. Veremos de qué manera y cómo puede ejercer su poder.

La afirmación que Satanás hizo ante Jesús, de poder darle la autoridad y la gloria de todos los reinos del mundo a quien él quiera, es una verdad a medias (**Lucas 4:5 al 7**). No hay dudas de que él causa estragos en el mundo al manipular a los seres humanos, para que ejerzan un poder corrupto y perverso. Pero Satanás solo puede hacer esto, con el permiso de Dios y dentro de los límites fijados por Dios.

La Biblia es clara y contundente sobre este tema. Por ejemplo, **Daniel 2:20** dice: “*Y Daniel habló y dijo: Sea bendito el nombre de Dios de siglos en siglos, porque suyos son el poder y la sabiduría. El muda los tiempos y las edades; quita reyes, y pone reyes*” Y **Daniel 4:17**, “*el Altísimo gobierna el reino de los hombres, y que a quien él quiere lo da*”. Cuando los reyes están en el lugar establecido

por Dios, con o sin la intervención de Satanás, están bajo el dominio de la soberana voluntad de Dios.

Yo explico esto claramente en mi libro titulado “Autoridad de Reino”. Todo está dentro de la soberanía de Dios, pero esto no implica que el diseñó el gobierno de los tiranos o la opresión de Su pueblo. Él lo permite, porque el dio autoridad a los hombres, pero si estos la pierden o se la entregan a Satanás, tal como hizo Adán en el huerto, terminarán sufriendo las consecuencias.

Dios les había dado autoridad espiritual a los sacerdotes de Israel, y los reyes, tenían el mandato de caminar siendo guiados por la voluntad divina (**Deuteronomio 17:18 al 20**). Cuando ellos, tanto sacerdotes como reyes, ignoraron la voluntad de Dios, perdieron su autoridad, y el poder lo ejercieron las naciones paganas que se enseñorearon de ellos.

Cuando Jesús fue entregado a las autoridades de Roma, no solo fue porque Pilato tenía autoridad tal como lo expresó, sino porque los sacerdotes, tendrían que haber ejercido la autoridad espiritual que Dios les había otorgado. El problema es que no solo terminaron bajo la opresión de Roma, sino que apelaron a Pilato para que castigara con muerte a quién ellos no pudieron ver como el Cristo. Fue por eso que Jesús dijo que mayor pecado tenía quienes lo habían entregado (**Juan 19:11**).

La autoridad de la Iglesia es espiritual, si la Iglesia no ejerce su autoridad, las ciudades pueden caer bajo la autoridad perversa de las tinieblas. Si las naciones determinan gobernarse fuera de la voluntad de Dios, Él lo permite, es entonces donde caen en las perversas manos de un tirano, o eligen la democracia, obteniendo los gobernantes que ellos mismos votan. Dios puede evitar todo, pero lo seguirá permitiendo hasta Su venida.

“Dios hace nulo el consejo de las naciones, Y frustra las maquinaciones de los pueblos. El consejo de Dios permanecerá para siempre; Los pensamientos de su corazón por todas las generaciones”.

Salmo 33:10 y 11

Dios es Soberano sobre las naciones, sobre todos sus gobernantes, y sobre todo el poder Satánico detrás de ellos. Ellos no pueden actuar sin que Él lo permita, nada se sale de Su plan soberano. Aun cuando permite lo que está fuera de Su deseo, solo se termina arribando a la consumación de Su propósito. Así es con el mundo, y así con nuestras vidas.

Satanás tiene millones de secuaces para hacer mal espiritualmente, por ejemplo los demonios (**Mateo 8:3; Santiago 2:19**), los espíritus malignos (**Lucas 7:21**), sus ángeles caídos (**Mateo 25:41**), o como Pablo escribió a los hermanos de Éfeso, que no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes

espirituales de maldad en las regiones celestes (**Efesios 6:12**).

La Biblia es clara respecto del mundo espiritual que nos rodea, o al menos, nos dice todo lo que necesitamos saber. Si creemos que somos víctimas de todo esto, no hemos comprendido las verdades del evangelio del Reino. Debe quedarnos claro que si vivimos Reino, no hay nada que nos pueda acontecer sin que Dios no tenga el control absoluto.

Él puede permitir una terrible tormenta, pero aun así, Él espera que actuemos con la revelación de Jesús, quién tenía paz, y descansaba en las manos del Padre (**Salmos 4:8**). No debemos desorientarnos en las aflicciones que golpean nuestra vida. Sé que es más fácil escribirlo que vivirlo, leerlo que comprenderlo, pero la Palabra es la verdad que es lámpara a nuestros pies y lumbrera a nuestro caminar (**Salmo 119:105**). No es mi opinión, sino la verdad la que nos hace libres. Martín Lutero, quién supo de aflicciones escribió:

*“Y aunque este mundo esté lleno de demonios
Que nos amenazan para deshacernos
No temeremos, porque Dios ha querido
Que su verdad triunfe a través de nosotros...”*

Capítulo seis

ENTENDIENDO LAS AFLICCIONES

“Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo; echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros. Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo”.

1 Pedro 5:6 al 9

El apóstol Pedro, escribió a los hermanos que estaban pasando por tremendas persecuciones, que no se descuidaran, que resistieran firmes en la fe, sabiendo que esas mismas aflicciones que ellos padecían, eran iguales a las que estaban viviendo muchos otros hermanos en el mundo. Él dio a entender que las aflicciones de los perseguidos por la fe, son como la boca de un león satánico, una boca babeante y feroz, exhibiendo sus colmillos, de manera amenazante procurando infundir temor, tratando de consumir y destruir la fe de los hijos de Dios.

Pero nuevamente surge la pregunta respecto de la soberanía de Dios: ¿Acaso los cristianos pueden sufrir la persecución de Satanás sin que la voluntad de Dios esté involucrada? Aun cuando Satanás parece aplastar a los cristianos con sus operaciones macabras ¿No tiene Dios, todo bajo Su control? Leamos la respuesta, desde la pluma del mismo apóstol Pedro: ***“Porque mejor es que padezcáis haciendo el bien, si la voluntad de Dios así lo quiere, que haciendo el mal”*** (1 Pedro 3:17). En otras palabras, si Dios quiere que suframos por hacer el bien, sufriremos; y si Él no quiere que suframos por hacer el bien, no sufriremos. Satanás no tiene la última palabra, Dios la tiene.

La noche en que Jesús fue arrestado, el poder satánico estaba en total vigor, ya que se metió en Judas para ejecutar su plan de entrega (Lucas 22:3). Cuando los soldados romanos aparecieron para aprender a Jesús, Él hizo una tremenda declaración respecto de la soberanía del Padre. Él dijo: ***“¿Cómo contra un ladrón habéis salido con espadas y palos? Habiendo estado con vosotros cada día en el templo, no extendisteis las manos contra mí; mas esta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas”*** (Lucas 22:52 y 53). Es como si Jesús no solo tuviera en claro que esa era la hora permitida por el Padre para la manifestación de las tinieblas, pero en el marco de lo que Él ya había declarado:

“Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder

para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre...”

Juan 10:17 y 18

En otras palabras, Jesús sabía lo que le acontecería esa noche. Él mismo le dijo a Judas que lo que tenía pensado hacer, ya era la hora para que lo hiciera (**Juan 13:27**). Él mismo le dijo a Pedro que no levantara su espada, porque la copa que el Padre le había dado, tenía que ser bebida (**Juan 19:11**), también le preguntó: *“¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles? ¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?”* (**Mateo 26:53 y 54**). Jesús tenía muy en claro la soberanía del Padre y los límites de Satanás.

Yo no pretendo tomar a la ligera, o minimizar el poder de Satanás, de hecho, la Biblia dice que él ha sido homicida desde el principio (**Juan 8:44**). La Biblia nos muestra que ciertamente él ha podido terminar con la vida de algunos cristianos fieles, durante las persecuciones del imperio romano, de las inquisiciones católicas y de toda persecución religiosa en distintas naciones del mundo. También vemos que lo hará en el final de los días.

“No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida”

Apocalipsis 2:10

Entendamos: Dios es el Señor de la vida y la muerte. Ninguno vive y ninguno muere sino mediante el decreto soberano de Dios. ***“Ved ahora que yo, yo soy, Y no hay dioses conmigo; Yo hago morir, y yo hago vivir; Yo hiero, y yo sano; Y no hay quien pueda librar de mi mano”*** (Deuteronomio 32:39). Ni Satanás, ni demonio alguno, puede quitarle la vida a alguna persona, cristiana o no, sin que Dios lo permita (1Samuel 2:6). Cuando perdemos a un ser querido y nos abate la aflicción, no debemos olvidar quién tiene el imperio de la vida y de la muerte. Santiago, el hermano de Jesús dice esto de un modo contundente:

“¡Vamos ahora! los que decís: Hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos; cuando no sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece. En lugar de lo cual deberíais decir: Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello. Pero ahora os jactáis en vuestras soberbias. Toda jactancia semejante es mala”.
Santiago 4:13 al 16

Nuestras vidas, y la vida de todo ser humano, incluso de todo animal y de toda planta, están en las manos del Señor, no en las de Satanás. Dios es el único Soberano con poder, para generar el fin de una vida, o para permitir que Satanás realice sus perversos ataques. En todo y por todo, solo Dios es glorificado.

La Biblia también nos muestra que Satanás puede oprimir, o causar enfermedades. **Hechos 10:38** dice que Jesús *“anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él”*. Aquí vemos que el diablo había oprimido a las personas con enfermedades. También vemos que Jesús encuentra a una mujer que desde hacía dieciocho años tenía un espíritu de enfermedad, y andaba encorvada, y en ninguna manera podía enderezarse. Él la sanó siendo día sábado, y en respuesta a la crítica hecha por el principal de la sinagoga Jesús dijo: *“Y a esta hija de Abraham, que Satanás había atado dieciocho años, ¿no se le debía desatar de esta ligadura en el día de reposo?”* (Lucas 13:16).

Satanás puede oprimir a las personas, y puede causar muchas enfermedades, o como vimos, también puede causar la muerte, pero todo, absolutamente todo, está autorizado o permitido por el Soberano. La gran pregunta es ¿Por qué?

El mal y el sufrimiento en este mundo son más grandes de lo que cualquiera de nosotros podamos comprender. Pero el mal y el sufrimiento no son supremos. Dios lo es. Satanás, el gran amante del mal y del sufrimiento, no es soberano, solo Dios lo es. Nosotros no comprendemos fácilmente estas dimensiones, porque nuestras conclusiones, aunque puedan parecer sabias, son muy racionales y vagas.

El Señor dijo que nosotros somos malos (**Mateo 7:11**), y que Él es el amor verdadero (**1 Juan 4:8**). Sin embargo, nosotros no entregaríamos a muerte un hijo, por nada, ni por

nadie. Sin embargo Dios sí. Esto no implica que Dios está equivocado, no podemos ser tan necios como para pensar algo así. Acá el único dueño de la verdad es Dios.

Dios no tiene amor, Él es amor en su máxima expresión. Es luz y no hay ninguna tiniebla en Él (**1 Juan 1:5**). Nada de lo que Él hace o determina, tiene un dejo de maldad. Dios es bueno para con todos, y Su compasión, sobre todas Sus obras (**Salmo 145:9**).

Sus juicios son buenos (**Salmo 119:39**), Sus mandamientos son santos, justos y buenos (**Romanos 7:12**). Él sabe por qué motivo hace lo que hace o permite lo que permite. Un día, nosotros descubriremos Su verdad y veremos tal como Él ve, y ese día muchos tapanán su boca con espanto, porque sentirán vergüenza de haber juzgado mal las situaciones de la vida (**Daniel 12:2**).

Debemos comprender que las sanidades de Cristo son una señal del establecimiento y la manifestación del Reino de Dios y de su victoria final sobre toda enfermedad y sobre toda obra de Satanás. Es bueno y correcto orar para que la gente se sane. No debemos pensar con simpleza que si hay una enfermedad, es voluntad de Dios y punto. Hay enfermedades que claramente se han manifestado, solo para la gloria de Dios (**Juan 9:3**). Incluso hay muertes como la de Lázaro que fueron necesarias para que Dios se glorifique (**Juan 11:38 al 44**).

Bueno, entonces alguien me diría que si Dios resucita a un muerto hay gloria, pero si no lo resucita esa muerte fue inútil. ¡No! si alguien piensa así, está totalmente equivocado, nuestras muertes cuando se produzcan, también serán para la gloria de Dios, porque todos seremos resucitados, pero no como Lázaro que volvió a morir, sino como Jesús, con una resurrección eterna (**1 Tesalonicenses 4:16**).

Es más, cuando llegue el día de la primera resurrección de los muertos, no solo recibiremos un cuerpo glorificado, sino completamente sano. Es decir, los que padecieron enfermedades y no se sanaron, serán sanados al recibir un cuerpo nuevo. Todos seremos sanados, todos seremos resucitados, todos recuperaremos o recibiremos mejores cosas que las pérdidas sufridas en esta vida. Al final, todos veremos la gloria del amor de Dios.

Debemos entender que Dios produjo, en la muerte de su Hijo, todas las sanidades y todas las otras bendiciones de la gracia para todos sus hijos (**Isaías 53:5**). Pero Él no prometió que obtendremos toda la herencia en esta vida. Algunos recibirán más en esta vida y otros en la vida eterna, pero todos recibiremos la plenitud de Su gracia.

Debemos tener certeza que si en la aflicción, le pedimos pan a nuestro Padre, Él no nos dará una piedra. Si le pedimos un pescado, no nos dará una serpiente y si le pedimos un huevo, no nos dará un escorpión (**Mateo 7: 9 y 10**). Esto no es literal, y tampoco es en el tiempo que nosotros

deseamos, pero sin dudas será bueno para nosotros comprenderlo.

Por otra parte, más allá de las enfermedades o las circunstancias ajenas que nos producen dolor, debemos asumir que muchas aflicciones se producen por nuestros propios pecados, y por el pecado de otros contra nosotros. En estos casos, también lo encontramos a Satanás, porque es llamado en la Biblia como el tentador (**Mateo 4:3; 1Tesalonicenses 3:5**).

Su operación originó sobre la tierra toda la miseria que conocemos. No podemos ignorar que Satanás tentó a Eva a pecar y el pecado trajo consigo la maldición de Dios sobre el orden natural de todas las cosas (**Génesis 3:14 al 19; Romanos 8:21 al 23**). Desde aquel mismo momento y hasta nuestros días, Satanás sigue haciendo de las suyas.

Ahora ya ha sido vencido por Cristo (**Hebreos 2:14**) y expulsado de la presencia del Padre (**Apocalipsis 12:10**), pero todavía sigue operativo, y seguirá hasta la venida del Señor, cuando será arrojado al lago de fuego y azufre (**Apocalipsis 20:10**).

Las tentaciones más conocidas de la Biblia, nos permiten ver la operación de Satanás, pero no lo retratan como soberano en su labor tentadora. La Biblia nos dice en **Lucas 22:3** y **4**: *“Y entró Satanás en Judas, por sobrenombre Iscariote, [...] y éste fue y habló con los principales sacerdotes, y con los jefes de la guardia, de*

cómo se lo entregaría”. Pero Lucas nos dice que la traición de Judas a Jesús era el cumplimiento de la Escritura: **“era necesario que se cumpliese la Escritura en que el Espíritu Santo habló antes por boca de David acerca de Judas” (Hechos 1:16)**. Y por tal motivo, Pedro también dijo que Jesús había sido **“entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios” (Hechos 2:23)**.

También podemos ver la tentación de Pedro, que a menudo pensamos que no fue a causa de la tentación de Satanás, Pero Jesús le dice algo a Pedro: **“Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zandaros como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos” (Lucas 22:31 y 32)**. Esto deja en claro que Satanás estuvo obrando en la vida de Pedro.

Satanás buscó destruir la fe de Pedro, pero si bien Dios le permitió la tentación, no le permitió causas mayores. Jesús intercedió por él, y dijo con absoluta soberanía algo como esto: **“He rogado por ti, caerás, pero no completamente, te dolerá, pero te hará bien y cuando aprendas volverás para ayudar a tus hermanos...”**

Satanás no fue soberano en la tentación de Judas, ni tampoco lo pudo ser en la de Pedro, ni lo será jamás en las nuestras. Dios es el único Soberano. Esto no implica que Él tiene a alguien, **Santiago 1:13** dice: **“Cuando alguien tenga una tentación, no diga que es tentado por Dios, pues a Dios no lo tienta la maldad ni tampoco él tienta a nadie”**.

La tentación es el primer paso de una reacción en cadena que, si se pone en marcha, puede conducir mucho dolor. Debemos evitar ese primer paso, las tentaciones, no necesitan ser consumadas, solo son un llamado al pecado, pero no el pecado en sí. Satanás puede tratar de persuadirnos a través de los sentidos, pero no puede ordenarnos a un comportamiento determinado.

Para que cualquier tentación tenga éxito, debe encontrar a alguien dispuesto a consumirla. No se nos puede forzar a cumplir la propuesta de una tentación. Cuando somos tentados a pecar, debemos tratar de identificar la necesidad o la vulnerabilidad a la que estamos siendo llamados. Debemos reconocer la tentación como la obra de un enemigo, más allá de nuestra propia concupiscencia, porque siempre habrá agentes externos que nos seduzcan.

Debemos examinar nuestro corazón de cualquier debilidad. Luego debemos hablar con Dios, con toda honestidad acerca de la lucha que estamos teniendo, incluso luego del pecado, si no logramos resistir. No nos hace nada bien pretender que no estamos siendo tentados o negar hemos pecado. Dios sabe que no estábamos tratando de ofenderlo o transgredir Su voluntad, Él es misericordioso y sabe que somos polvo (**Salmo 103:14**).

Debemos decirle a Dios la verdad sobre lo que está pasando, debemos exponer nuestra aflicción. No necesitamos palabras especiales, Él no está esperando que no fallemos jamás, sino que seamos sinceros en nuestro amor. Pablo nos

asegura: ***“Dios es fiel, y no permitirá que ustedes sean tentados más allá de lo que puedan aguantar. Más bien, cuando llegue la tentación, Él les dará también una salida a fin de que puedan resistir”*** (1 Corintios 10:13). Dios promete una vía de escape ante toda tentación y tiene sanidad ante todo pecado cometido.

No debemos prolongar nuestra aflicción, no debemos pensar que le hemos fallado, elevando nosotros mismos la vara de nuestra responsabilidad. Ciertamente somos responsables, pero también somos débiles y muchas veces vamos a fallar, en pensamientos, en palabras y en obras. La gracia no es licencia para pecar, pero es el amor de Dios manifestado, para darnos una salida y mantenernos en perfecta comunión con Él.

Es cierto que ante la tentación, el pecado parece como algo dulce y deseable. Luego de pecar, somos alcanzados por su amargura y su fealdad. La aflicción siempre persigue a quién ha cometido un pecado. Duele ser engañado, duele no haber podido decir que no, duele no haber resistido firmes en la fe, duele descubrir nuestras miserias, pero si nos fajamos en humildad, la aflicción puede cesar con el amor del Padre.

No prolonguemos la aflicción inútilmente, no nos dejemos engañar una vez más. Tal vez fuimos engañados con una tentación determinada, pero no debemos ser engañados respecto de la gracia del Señor. El apóstol Juan escribió:

“Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”.

1Juan 1:6 al 9

“Hijos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo”.

1 Juan 2:1

Capítulo siete

LAS AFLICCIONES DE LOS JUSTOS

“Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor, que el Señor es muy misericordioso y compasivo”

Santiago 5:11

La historia de Job es una de las historias más impactantes de la Biblia. La profundidad de la enseñanza que contiene, la inimaginable aflicción del personaje y la participación de sus amigos, tratando de interpretar los hechos, son una fuente de sabiduría innegable. Es cierto que debemos interpretarlo delicadamente, para no confundir como correctas a ciertas expresiones incorrectas, pero sin dudas tiene mucho para enseñarnos.

De por sí, el libro de Job, es un libro incluido en el Antiguo Testamento, pero es como un material salido de contexto, respecto de Israel y de su historia. Mucho se ha dicho de su autor y del tiempo en el cual se produjo la historia en sí. Generalmente, los teólogos están de acuerdo en que es

el libro más antiguo de la Biblia, incluso anterior a los escritos de Moisés.

La historia comienza con la descripción de la vida y la persona de Job. Aunque tal descripción es breve, también podríamos decir que es trascendente para la comprensión de la enseñanza que Dios pretende, a través de la vida de este hombre tan especial.

Se describe a Job como un hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal. Un hombre bendecido por Dios con siete hijos y tres hijas. Una persona próspera con una hacienda compuesta por siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas asnas, y muchísimos criados; y por si fuera poco, la Biblia dice que Job era un varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal (**Job 1:1**), y más grande que todos los orientales de su época (**Job 1:3**).

Al leer su historia vemos que este hombre tenía una vida maravillosa. Había conseguido todo con su esfuerzo, pero también vemos sobre su vida, la bendición de Dios. Es evidente que Job tenía una medida de conocimiento de Dios y tenía sabiduría. De hecho su conocimiento de Dios le había hecho un hombre sensato, recto, que hacía lo bueno, y que incluso ofrecía a Dios cada día, holocaustos por si sus hijos llegaban a pecar contra Él. Sin dudas Job era un buen ejemplo a seguir.

De pronto, tenemos en la historia un golpe de escena al mejor estilo de Hollywood, ya que a partir del versículo seis, entramos a las cortes del cielo, para observar un hecho que lo cambiaría todo en la vida del patriarca. Vemos a Dios, reunidos con sus ángeles, entre los que apareció Satanás, incluso notemos que es considerado entre los siervos de Dios.

En este cuadro extraordinario, vemos claramente una vez más la incuestionable soberanía de Dios. La lucha que muchos pretenden entre Satanás y Dios es un absurdo. El diablo no es un rival de Dios, él es una criatura creada. El diablo es un rival de los hombres, pero ni siquiera lo es del Nuevo Hombre, quién lo venció en la cruz del Calvario.

En **Job 1:7 y 8**, Dios le hace dos preguntas a Satanás: *¿De dónde vienes?* En respuesta el diablo dice que ha andado por toda la tierra. Entonces Dios le hace la segunda pregunta, que es clave para el resto de la historia *¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?*

Generalmente los cristianos a simple vista, asumen que la idea de atacar a Job fue de Satanás, pero en realidad, él ni siquiera había hecho tal consideración. Fue Dios quién inició el debate haciendo esa observación. Es Dios que buscó el conflicto. Una vez más, encontramos el principio que he tratado de exponer en cada página de este libro. Dios es el Soberano y es clave que se nos revele esto con profundidad.

Dios le dijo a Satanás palabras que provocaron el desafío. Esto es algo digno de análisis porque Job estaba viviendo de manera íntegra y feliz, cuando en las cortes celestiales se comenzó a mencionar su nombre. Yo no creo lo que algunos predicán, respecto que el diablo hoy en día, nos puede acusar delante del trono de Dios. Yo creo que **Apocalipsis 12:10**, no es algo que pasará, sino que ya pasó, notemos que dice: *“Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche”*.

Aquí dice que el acusador ha sido lanzado fuera, y que eso ocurrió cuando vino la salvación, el poder y el reino de Dios. Eso no ocurrirá en el futuro, sino que se produjo cuando vino Cristo y consumó Su obra. Es decir, yo creo que el diablo, hoy en día no nos puede acusar ante el Padre, sencillamente, porque nosotros solo vivimos en Cristo, y para acusarnos a nosotros sería necesario acusarlo a Él, que es absolutamente perfecto, Justo y Santo.

En esa época era diferente y Satanás no se quedó callado, sino que obrando como adversario propuso su maldad. En pocas palabras Satanás acusó a Job de honrar a Dios por interés propio, lo acusó de tener una fe interesada y egoísta. A fin de cuentas también cuestionó a Dios la capacidad de discernir las motivaciones reales de Job.

El resultado de esto, produjo dos calamidades humanas y dos desastres naturales. Uno de los desastres es reportado a Job por su criado, quién le dijo que había caído fuego del cielo, probablemente un rayo, que había quemado a las ovejas y a los pastores, y los había consumido. Después llegó el peor de todos los reportes: ***“Tus hijos y tus hijas estaban comiendo y bebiendo vino en casa de su hermano el primogénito, y un gran viento vino del lado del desierto y azotó las cuatro esquinas de la casa, la cual cayó sobre los jóvenes, y murieron...”*** (Job 1:14 al 19).

“Entonces Job se levantó, y rasgó su manto, y rasuró su cabeza, y se postró en tierra y adoró, y dijo: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito”.

Job 1:20 y 21

Job había descubierto, como muy pocos, que ante esa inigualable aflicción, hay poco consuelo en enfocarse en la maldad de Satanás, porque ni siquiera lo analizó, ni en meditar en la Soberanía de Dios, lo cual tampoco hizo. Un dolor como el que tuvo que enfrentar Job, no creo que permita absolutamente ningún tipo de análisis.

Notemos que en cada caso, el diablo pudo tocar todo lo que Dios le permitió, pero nada más que eso. Es importante notar que Dios siempre retiene Su soberanía, pero eso fue suficiente para que Satanás derramara su furia contra Job, destruyendo todo lo que tenía, su ganado, sus cultivos y sus hijos, excepto su vida.

Aunque no estaba ni enterado del debate celestial respecto de su persona, cuando el dolor se tornó insoportable en su corazón. Sin embargo, podríamos decir que en este contexto cósmico Dios estaba escogiendo a Job como un exponente de fidelidad delante de Satanás, quién ya había expresado su infidelidad. En otras palabras, Dios lanzó a Job como su representante para defender Su gloria en contra del adversario, quién entendió esto rápidamente y por tal motivo, no perdió tiempo en arremeter contra Job con toda la furia permitida.

De nuevo Dios le da permiso a Satanás de tocar la salud de Job, sin permitirle que lo mate. Obviamente Satanás se apresura para herirlo con una enfermedad grosera, una de las más dolorosas como la sarna, una enfermedad capaz de causar la pudrición de la carne. Junto con esta aflicción, su propia esposa lo atormentó. Satanás no mató a la mujer de Job, sino que también la usó para afligir a Job, ya que ella misma le dijo a su esposo que abandonara su integridad, que maldijera a Dios y se dejara morir (**Job 2:9**).

El libro de Job no entra muy de lleno en la descripción de sus aflicciones, pero en realidad, creo que es porque no se requiere mucho debate para interpretar el grado de sufrimiento físico, emocional y espiritual que puede sufrir un hombre que experimente, todas las circunstancias que tuvo que enfrentar Job.

Con todo esto, quedó en claro que la devoción de Job no era por interés propio, sino con integridad, porque ante

semejante aflicción en nada puso en duda la existencia y fidelidad de Dios. Es cierto que padeció una gran desorientación, pero en su situación ¿Quién no la sufriría? Job demostró ser un hombre de absoluta integridad. A pesar que en su dolor comenzó a expresar cosas que en realidad no entendía, equivocándose en algunas ideas, no dejó de expresar: ***“Sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios” (Job 19:25 y 26).***

Se ha debatido mucho, si la historia de Job tiene relación con la historia de Jesucristo. En realidad, cuando consideramos los elementos señalados aquí, y lo comparamos con las profecías del mesías y la vida de Cristo, no hay dudas que Job es un tipo del que iba a venir para vencer a Satanás con su integridad.

Consideremos que en el caso de Job, es Dios mismo quién provoca la atención sobre las virtudes de Su siervo, y esto es lo mismo que Dios hizo en **Génesis 3:15**, donde prometió poner enemistad entre la serpiente y la simiente de la mujer. En el caso de Job tenemos un anticipo de esta simiente que vencería la serpiente. Y en el nacimiento de Jesús, Simeón nos recuerda que el niño iba a ser puesto para ***“caída y levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha” (Lucas 2:34).***

Ya en los tiempos de su madurez, vemos que después de su bautismo, el Espíritu Santo descendió sobre Jesús y la Biblia dice que el Espíritu lo impulsó al desierto para ser

tentado por Satanás (**Marcos 1:12**). Ahí lo tenemos al Hijo puesto a prueba ante el mismo personaje que enfrentó Job, desafiado para probar su integridad, igual que lo hizo Job, solo que de manera perfecta.

Satanás no es un rival de Dios, pero es una criatura creada que se rebeló contra Su autoridad, es por eso que Dios, pareciera darle una lección de cómo se comporta alguien verdaderamente fiel. Dios pone a Job como un ejemplo y permite que Satanás lo pruebe con gran aflicción, lo mismo hizo con Jesús, y creo que nosotros, después de declarar en alabanza, en adoración y en oraciones nuestro amor y nuestro deseo de fidelidad, también somos probados.

Nuevamente en Génesis tres, vemos la expresión de Dios contra Satanás, como diciéndole, que él ha sido infiel, que Adán ha sido infiel, pero que vendrá alguien, nacido de mujer que será absolutamente fiel. La grandeza del Soberano contra una criatura rebelada contra Su autoridad, está en encontrar a alguien capaz de serle fiel voluntariamente. Algo que Satanás no pudo hacer.

En el caso de Jesús, vemos que Su fidelidad y Sus obras fueron perfectas. Él fue perfectamente hombre, pero Su revelación de la voluntad del Padre y Sus hechos, dejan ver Su condición y Sus obras. En el caso de Job, vemos que pudo ser fiel, pero evidenció una gran carencia, y fue la falta de revelación de la Soberanía de Dios. Nosotros, tenemos ambas historias para comprender, cuáles pueden ser nuestros puntos débiles ante la aflicción.

La redención de los hombres requería un Postrer Adán para deshacer la obra del primer Adán. Y esta simiente de la mujer debía ser perfecta para destruir las acusaciones falsas del Acusador. Job fue como un anticipo de este hombre perfecto que a través de sus sufrimientos pudo vencer al acusador.

Si prestamos atención, veremos que Job, llega a convertirse en un sacerdote efectivo por medio de sus aflicciones. Al principio del libro no hay indicio que Job cumpliera una función sacerdotal excepto en favor de su familia, pero después de sus aflicciones él fue capacitado y establecido por Dios, para orar en favor de sus amigos y ministrarlos en Su Nombre.

Las aflicciones de Job, no fueron causadas por algún pecado cometido, sino exclusivamente por la causa de Dios, quién se glorificó ante su fidelidad y nos entregó a través de su vida una lección para todos los creyentes, y para Satanás, quién indudablemente, fue un incapaz de ser fiel. La fidelidad de Job pudo abrir los ojos de sus amigos, respecto de sus absurdas conclusiones, pero la fidelidad de Jesús, nos pudo abrir los ojos a todos los creyentes después de Él, y hasta el fin del mundo.

“Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotados, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de

nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados”

Isaías 53:4 y 5

Los sufrimientos de Jesucristo fueron totalmente vicarios, porque aunque fue tentado en todo, permaneció sin pecado (**Hebreos 4:15**). Job fue un anticipo del Siervo Sufriente Perfecto que cargó con nuestros pecados, y expió los pecados de su pueblo. Al igual que Job, Jesús ahora ministra a favor de sus hermanos en el tabernáculo celestial (**Hebreos 10:1 al 25**). Job fue un varón justo, pero le llevó cuarenta y dos capítulos del libro y muchas falsas conclusiones, darse cuenta que necesitaba la justificación divina. Jesús solo tardó seis horas en la cruz para derramar su vida ante el Padre.

Nosotros podemos disertar sobre nuestra justicia ante cualquier aflicción, pero no haríamos más que Job o que sus amigos. Al final, cuando apareció el Señor, se consumieron todas las hipótesis. Cuando recibimos la vida de Cristo, somos injertados en Él y en Su justicia, pero la enseñanza que marcó con Su vida, fue la gloria que manifestó al Padre en medio de Su aflicción.

Es necesario comprender lo que significa vivir en Él, para no caer en el error de fabricarnos un Cristo a nuestra medida. Pablo nos recuerda que somos hijos de Dios y *“Coherederos con Cristo si es que padecemos juntamente con Él, para que juntamente con Él seamos glorificados”* (**Romanos 8:17**). Y a los Filipenses, Pablo les dijo: *“Porque*

a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en Él, sino también que padezcáis por Él, teniendo el mismo conflicto que habéis visto en mí, y ahora oís que hay en mí” (Filipenses 1:29 y 30).

Notemos que Pablo, llamó a sus aflicciones como conflictos, tal como si procurara revelar la esencia que hay detrás de todo sufrimiento. Es como si tratara de explicarles a los hermanos de Filipo, que toda aflicción de un hijo de Dios, es como el campo de batalla donde se produce un conflicto de intereses, entre el Reino de la Luz y el reino de las tinieblas. La manera en la que asumamos dichos conflictos, es lo que determinará el resultado.

Si Job se hubiera enojado, si hubiera actuado con infidelidad, renegando de su situación y de Dios, el que hubiese tenido razón habría sido Satanás. Si Jesús hubiese accedido a sus tentaciones, le habría dado un triunfo. Si la Iglesia del primer siglo hubiese claudicado ante la persecución, Satanás habría consumado su victoria.

Cada vez, que un hombre o una mujer de fe, es atacada por una aflicción, sin necesidad que detrás de eso haya una operación demoníaca, hay un conflicto espiritual, y hay un resultado. Si analizamos a cualquiera de los personajes bíblicos y sus aflicciones, encontraremos la misma ecuación. Las aflicciones en la vida son inevitables (**Juan 16:33**), y son oportunidades para revelar la fidelidad de nuestro corazón.

En su carta a los Corintios, Pablo asevera que toda *“leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria...”* (2 Corintios 4:17). Tracemos una línea y recordemos las palabras del libro de Job: *“En todo esto Job no pecó”*. Y al no pecar, Satanás estaba siendo vencido. Sus maquinaciones contra el siervo de Dios no resultaron.

Nosotros al vivir en Cristo, somos una manifestación del Nuevo Hombre, y lo deseemos o no, somos parte de un conflicto cósmico entre Dios y Satanás. Somos uno en Cristo (1 Corintios 6:17), y debemos cumplir en nuestra carne, lo que falta de sus aflicciones (Colosenses 1:24). Jesús venció definitivamente al acusador, pero no ha llegado el fin de la historia todavía, debemos ser fieles hasta Su regreso.

La Iglesia, debe librar la batalla en Cristo contra las tinieblas. Esto no implica generar guerras, ni pelear con demonios continuamente. Quienes ven al diablo en todos lados y viven en continuas batallas, se buscan un gran problema, porque ciertamente terminarán agotados y frustrados.

Imaginemos una persona que cada día golpea con un palo, un nido de avispas diferente. Sin dudas vivirá en permanentes conflictos, será atacado, sufrirá picaduras y padecerá innecesarias aflicciones. En realidad, lo que esa persona debe hacer, es impedir que las avispas hagan un nido en su casa, pero nada más. No debemos andar reprendiendo al diablo por todos lados, lo que debemos hacer es gobernar

nuestro territorio asignado y salir a golpear un nido, solo cuando Dios nos mande.

En los conflictos espirituales, los hijos de Dios somos como Job, no porque tengamos que sufrir la medida de aflicciones que sufrió Job. Lo de él, fue como una prueba extrema del dolor que puede atacar a un creyente. Dios no permitiría en nosotros una prueba mayor que la que seamos capaces de afrontar. Pero claramente debemos tomar nota de sus vivencias, de sus reacciones y de cada palabra que Dios le habló.

El apóstol Pedro nos recuerda que al igual que el oro es probado con fuego, nuestra fe necesita ser probada. No debemos dudar de Dios, ni de sus Palabras, Él es fiel y ciertamente no comprendemos todo lo que ocurre en el plano espiritual, pero no necesitamos hacerlo, solo debemos poner nuestra esperanza en el triunfo de Cristo.

“Así que nos regocijamos en la esperanza de alcanzar la gloria de Dios. Y no sólo en esto, sino también en nuestros sufrimientos, porque sabemos que el sufrimiento produce perseverancia; la perseverancia, entereza de carácter; la entereza de carácter, esperanza. Y esta esperanza no nos defrauda, porque Dios ha derramado su amor en nuestro corazón por el Espíritu Santo que nos ha dado”.

Romanos 5.2 al 5 NVI

El testimonio de Pablo y de los hermanos de la Iglesia del primer siglo, también nos enseñan que la victoria del

Reino se produce en medio de las aflicciones. Pablo contó que en su dolor le había pedido tres veces al Señor que quitara esa prueba de él, sin embargo el Señor no solo no la quitó, sino que le dijo: ***“Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad...”*** Ante eso Pablo expresó: ***“Por lo tanto, gustosamente haré más bien alarde de mis debilidades, para que permanezca sobre mí el poder de Cristo...”*** (2 Corintios 12:9 y 10).

Nosotros hoy en día, debemos rechazar la atractiva doctrina de un Dios que soluciona todos los problemas, o que no permitirá que pasemos por pruebas, ese no es el evangelio del Reino. La verdad es que si vivimos bajo el gobierno de Dios padeceremos aflicciones, pero lo extraordinario de todo esto, es la forma en la que Dios se glorifica con nuestra fidelidad y las recompensas que recibiremos por ella.

“No tengas miedo de lo que vas a sufrir. El diablo meterá a algunos de ustedes en la cárcel, para ver si en verdad confían en mí. Durante algún tiempo, ustedes tendrán muchas dificultades; pero si confían en mí hasta la muerte, yo les daré como premio la corona de la vida eterna”.

Apocalipsis 2:10 TLA

Capítulo ocho

SILENCIOS Y PALABRAS

*“¡Déjenlo estar solo y en silencio, porque así el Señor se lo impuso! ¡Qué hunda el rostro en el polvo!
¡Tal vez haya esperanza todavía! ¡Que dé la otra mejilla a quien lo hiera, y quede así cubierto de oprobio!
El Señor nos ha rechazado, pero no será para siempre. Nos hace sufrir, pero también nos compadece, porque es muy grande su amor. El Señor nos hiere y nos aflige, Pero no porque sea de su agrado...”*

Lamentaciones 3:28 al 33 NVI

En las aflicciones siempre habrá silencios y palabras tanto buenas como malas. Se producirán en nuestro interior y en nuestro entorno, vendrán de Dios y del enemigo que también procurará impartir sus ideas. En el caso de Job, lo vemos afrontar el sufrimiento en soledad, sin ser comprendido por esos amigos, que más que ayudarlo o acompañarlo en su dolor, solo expresaron estúpidas

conclusiones. Job no fue apoyado por su mujer, ni comprendido por nadie, y en medio de su confusión tampoco lograba escuchar a Dios.

Es muy difícil imaginar una situación como la que tuvo que atravesar Job. Él no solo perdió sus bienes, sino que perdió a sus hijos y su salud. Hoy en día hay personas que se sienten morir por perder mucho menos, yo personalmente he tenido que ministrar a hermanos, que se enredan en conflictos o supuestas aflicciones que son absurdas.

No pretendo juzgar a nadie, porque yo también enfrento mis aflicciones, y seguramente si las comparo con los problemas que padecen otros, se verán como nada. Es más, cuando veo a gente enfrentando aflicciones verdaderamente duras, lo que siento en mi corazón es vergüenza, porque sé que por mucho menos me he sentido abatido.

Es por eso, que yo no estoy utilizando mi vida para darles una enseñanza, ojalá pudiera hacerlo y salir aprobado. En realidad solo estoy observando a Job junto a cada lector, para que aprendamos de quién fue probado con una vara mucho más alta que todos nosotros. Job tenía siete hijos y tres hijas, y todos murieron el mismo día ¿Alguien puede imaginar algo así?

Ahora bien, si tratáramos de ponernos en las sandalias de Job, seguramente seríamos asaltados por una inagotable vertiente de pensamientos, que más que pensamientos serían

como desesperados gritos de dolor. No se puede pedir en un momento así, ningún tipo de lógica, ningún tipo de razonamiento sabio ¿Qué pensar en el transcurso de semejante aflicción?

Es fácil leer la Biblia y analizar las palabras de Job, pero ¿Qué ocurría si quedaran registradas nuestras palabras en un momento de aflicción? ¿Qué pasaría si esas palabras fueran analizadas por millones de personas, durante miles de años como las palabras de Job? Yo soy predicador, y debo reconocer que es muy fácil citar palabras en un púlpito, ser brillante en una exposición pública, pero también he comprobado que nuestras ideas pueden ser muy vanas, cuando nuestro corazón duele.

¿Qué hay del silencio? ¿Se puede hacer silencio mental en medio de una aflicción como la de Job? ¿Se puede encontrar un oasis de silencio en medio de tantas expresiones de dolor? Yo no sé cómo funciona la dinámica del pensamiento en otras personas, pero yo debo confesar que no puedo silenciar mi mente cuando me asaltan por las noches, los tristes pensamientos de la vida.

No necesito una aflicción como la de Job, para boicotear mi descanso, con pensamientos cargados de preocupación. Cuando eso me ocurre, procuro darme vuelta en la cama, cambiando mi posición de descanso, tal como si quisiera hacer un zapping de pensamientos, pero no siempre logro disuadir mis angustias. Con el tiempo aprendí que lo mejor para mí, es levantarme y refugiarme en mi oficina, leer

y leer lo que alguien logró escribir con cierta sabiduría, para disuadir mis vanos pensamientos.

No creo que Job haya tenido una oficina, ni miles de libros como yo tengo. Él no pudo encender la televisión y perderse en algún cortometraje, no pudo bloquear ideas navegando por las redes sociales. Job tuvo que enfrentar la hostilidad del silencio. Dicen que esa es la virtud del desierto, pero también debe ser el campo más propicio para el insoportable grito del dolor.

Lo más que pudo ambicionar Job en esa época, fue la compañía de sus amigos, personas con quienes poder hablar, amigos capaces de escuchar sus incoherentes palabras de dolor sin cuestionarlo. Amigos capaces de encender alguna luz, en medio de tanta oscuridad. Job tuvo unos amigos llamados Elifaz, Bildad, Zofar y Eliú, quienes ciertamente estuvieron presentes, pero al llegar, no lo reconocieron por causa de su estado, y al verlo en su condición, lloraron a gritos, rasgando sus mantos, y esparciendo polvo sobre sus cabezas (**Job 2:12**).

Ellos en verdad querían consolarlo, así que se sentaron con Job en tierra por siete días y siete noches, pero lo curioso es que ninguno emitió palabra durante ese tiempo, porque veían que su dolor era muy grande (**Job 2:13**). La verdad es que yo no sé si tres amigos tirados en el piso, haciendo silencio durante varios días sirvieron de algo. Sobre todo porque el hablar dijeron cosas que nunca debieron decir.

Por ejemplo Elifaz dijo: ***“Puede ser que no te guste lo que tengo que decirte, pero no puedo quedarme callado. Si bien recuerdo, tú fuiste maestro de muchos y animabas a los desanimados; palabras no te faltaban para alentar a los tristes y apoyar a los débiles. Pero ahora que sufres, no lo soportas y te das por vencido. Según tú, no haces nada malo, ¿por qué entonces desconfías de Dios? ¡No me vayas a decir que quien hace lo bueno sufre y acaba mal! He podido comprobar que quien mal anda mal acaba...”*** (Job 4:2 al 8 BLS).

Parece una barbaridad que un amigo que procura consolar a otro, en el peor momento de su vida, diga semejante tontería. Para mal de Elifaz estas expresiones quedaron registradas, pero seamos sinceros, cuando siendo cristianos pasamos alguna aflicción ¿No hay gente que opina a nuestras espaldas, cosas parecidas a las de Elifaz? ¿Quién no ha conocido a un Elifaz en la vida?

Voy a decir algo con tristeza, pero creo que hay más Elifaz en la Iglesia que fuera de ella, y esto lo digo, porque en la Iglesia involucramos a Dios. Creemos que si hacemos las cosas bien, nos tiene que ir bien, y que lo malo, solo le debe ocurrir a los impíos. Por lo tanto, cuando algo le acontece a un hijo de Dios, otros opinarán que algo malo debe haber hecho, que alguna puerta debe haber dejado abierta, o tal vez algún pecado, ofició como derecho legal para el ataque.

Por supuesto, estas conclusiones superficiales y simples, solo terminan apuntando como responsable, a quién está sufriendo. Que ya tiene suficiente con su dolor, pero si se entera de palabras semejantes de un hermano en la fe, o lo que es peor, las escucha de algún líder, solo añadirá dolor a su dolor.

Bildad por su parte, no solo criticó a Job por tratar de excusarse, diciendo que nada malo había hecho, sino que le dijo directamente: ***“El Dios todopoderoso nunca hace nada injusto. Si tus hijos pecaron contra Dios, Él les ha dado su merecido...”*** (Job 8:3 y 4). ¿Se imaginan a un amigo diciéndonos algo así, después de haber perdido a diez hijos en un solo día?

Sin dudas hay palabras que son veneno para el alma, hay palabras que parecen puñaladas al corazón dadas en medio de un infarto. Es demasiado fácil opinar de las aflicciones ajenas. Cuanta falta nos hace en la Iglesia, la voz de la consolación, la voz de la sabiduría. Pero no me refiero en un púlpito, ahí siempre está la palabra prudente. Me refiero en las calles, me refiero en la vida cotidiana, en la piedad manifiesta como hijos del amor.

Zofar también abrió su boca, pero solo para terminar juzgando duramente a Job. Increíblemente, sabiendo del sufrimiento de Job, le dijo: ***“¿Cómo me gustaría ver que Dios mismo te acusara, y que te hiciera saber los secretos de la sabiduría! Así podrías darte cuenta de que Dios no te ha castigado como te mereces”*** (Job 11:5 y 6 BLS).

Una vez más, es increíble que un amigo diga cosa semejante a quien ha perdido todo, y está en tremenda aflicción. Las palabras no son inocentes, son capaces de levantarnos o derribarnos por tierra, por eso, cuando estamos pasando un aflicción, lo mejor es tener mucho cuidado con quién hablamos.

No olvidemos que la caída de la humanidad, se produjo con palabras en la boca de un emisario de Satanás. Pablo dijo que en este Nuevo Pacto que vivimos, “Eva” tiene que ver con nuestros sentidos, o como dicen otras versiones, son nuestros pensamientos. Pablo dice que podemos ser desviados de nuestro compromiso puro y sincero con Cristo (**2 Corintios 11:3**). Es decir, si hoy le abrimos el oído y le prestamos el corazón a las palabras incorrectas tal como hizo Eva, nuestro estado se puede tornar fatal.

No exagero con esto, las aflicciones nos debilitan, y un corazón quebrantado por el dolor, es vulnerable a toda influencia. Cuando somos quebrantados podemos aferrarnos más a Dios, o podemos sufrir una reacción contraria. Una palabra incorrecta, es como una chispa en un campo afectado por la sequía, puede iniciar un gran incendio. Santiago dijo que así es el poder de la lengua (**Santiago 3:6**).

“Todos mis íntimos amigos me aborrecieron; y los que amo se han vuelto contra mí.

Mi piel y mi carne se han pegado a mis huesos, y he escapado con solo la piel de mis dientes.

¡Oh, vosotros mis amigos, tened compasión de mí, tened compasión de mí! Porque la mano de Dios me ha tocado. ¿Por qué me perseguís como Dios y ni aun de mi carne os saciáis?

Job 19:19 al 22

Cuando Elifaz, Bildad y Zofar ya no tuvieron más nada que decir, un joven llamado Eliú se convirtió en la cuarta persona en hablar a Job. Fue la primera y única vez que habló, hasta ese momento había permanecido en silencio, aparentemente era mucho más joven que los demás, y procuró respetarlos, pero al final, presentó un nuevo punto de vista (**Job 32:4 y 5**).

Mientras que los tres supuestos amigos le habían dicho a Job, que estaba sufriendo por sus pecados pasados, Eliú le dijo que en su opinión, su sufrimiento no se iría sino hasta que se diera cuenta de su pecado a partir de sus aflicciones. Es decir, según Eliú, Job no estaba sufriendo debido al pecado, sino que estaba pecando debido al sufrimiento.

Dijo que la actitud de Job se había vuelto arrogante al tratar de defender su inocencia con tanta vehemencia. También dijo que el sufrimiento no era para castigarlo, según las opiniones, sino corregirlo y restaurarlo para mantenerlo en el buen camino. Sin dudas, Eliú tomó un sendero de opinión algo más razonable, pero aun así, ante el sufrimiento de Job, no parece tener mucho sentido este debate de culpabilidad.

Es cierto que Job defendió su integridad, pero ciertamente era un hombre íntegro. Tal vez, no tendría que haber confiado tanto en su justicia, y no tendría que haberse justificado de la forma en que lo hizo, pero de todas maneras, no creo que los hombres podamos señalarnos unos a otros nuestras flaquezas. Mucho menos para tratar de explicar las aflicciones. Recordemos que al final, todo esto no comenzó en Job, sino en Dios mismo.

Eliú exhortó a Job para que viera su sufrimiento desde una perspectiva diferente, y eso sí fue correcto de parte del joven. Su propuesta tuvo que ver con un propósito mayor en mente que la simple culpa. Si bien su discurso tenía un nivel mucho más espiritual que los otros, Eliú también estaba equivocado, al pensar que una respuesta correcta ante el sufrimiento siempre ayuda a la sanidad y la restauración. En realidad, hay momentos en que las aflicciones no tienen una explicación en el plano natural, al final solo Dios sabe lo que hace o permite, por eso todo cambió para Job, cuando el mismo Señor se apareció para hablar con él.

“¿Dónde estabas tú cuando Yo echaba los cimientos de la tierra? Dímelo, si tienes inteligencia”

Job 38:4

La primera pregunta que Dios le hace a Job establece las pautas de lo que es principalmente un monólogo muy aleccionador. Usando los términos más espectaculares de la Biblia relacionados con la creación, Dios revela que es el único autor de las maravillas creadas y ante esto ¿Quién

podría decir lo contrario? Yo reconozco que no puedo ni tan solo imaginar las aflicciones de Job, pero a decir verdad, tampoco puedo dimensionar lo que significaría para alguien, un monólogo tan claro, expresado por el Señor en primera persona.

Después de confrontar a Job con la verdad, y hacerle varias preguntas sobre Su obra, preguntas que ciertamente no demandaban respuestas, sino reflexión de parte de Job, el Señor le hizo una pregunta absolutamente clave: “***¿Quién ha puesto sabiduría en lo más íntimo del ser, o ha dado a la mente inteligencia?***” (Job 38:36).

Después de tanto desconcierto, no solo de Job, sino de sus amigos, el Señor preguntó sobre la sabiduría interior. No hay dudas que Él es quién otorga dicha sabiduría, la pregunta sería ¿Por qué ellos no tuvieron tal sabiduría en sus debates? Bueno, lo que Dios está enseñando a Job, es que nadie puede comprender las aflicciones desde la razón. Siempre erraremos al blanco si procuramos entender aquello de lo cual no tenemos completa información.

Nuestra realidad presente y nuestros sentidos, pueden engañarnos fácilmente si tratamos de explicar lo que posee una esencia espiritual. Cuando yo he pasado por ciertas aflicciones, me he preguntado ¿Qué sentido tiene esto? ¿Para qué me puede servir? ¿Qué hice de malo para que esto se produzca? ¿Si es el diablo, porqué Dios no me guardo de ese ataque? En fin, yo me creo un hombre empoderado con sabiduría de parte de Dios, pero ciertamente, mis preguntas,

que pueden tener cierta lógica en el momento de aflicción, suenan muy estúpidas cuando no estoy en medio de ella.

¿Por qué motivo nos ocurre esto? Bueno, porque en la aflicción no deberíamos hacer preguntas, ni hallar respuestas sensatas, lo que debemos hacer es “silencio”. No digo que sea fácil hacerlo, de hecho reconocí anteriormente, la forma en que los ruidos del silencio nos asaltan de forma hostil en nuestras aflicciones.

Aun así, el libro de Job, nos enseña claramente, que los silencios y las palabras, nos pueden llevar de la sabiduría a la necesidad. ¿Qué podría haber dicho Job ante el Señor? ¿Qué podrían haber dicho sus amigos? ¿Qué podríamos decir nosotros en una situación semejante? La verdad es que nada, el silbo apacible es lo único que puede llevarnos a la verdad.

Como hemos visto, puede ser bueno para nuestras almas expresar nuestras quejas contra Dios, pero sería tonto esperar que Su respuesta sea, “Sí, veo que me equivoqué”. La verdad es que lo sensato es confiar que si estamos en la palma de Su mano, estamos en medio de lo que debe ocurrirnos y punto.

Es más, Dios confrontó a Job con otra pregunta: ***“¿Podrá el que censura contender con el Todopoderoso? El que reprende a Dios, responda a esto” (Job 40:2)***. Dado que Job estaba ante la presencia del Todopoderoso, su respuesta nos marca un sabio camino al decir: ***“He aquí, yo soy insignificante; ¿qué puedo yo responderte? Mi mano pongo***

sobre la boca” (Job 40:4). En otras palabras, no puedo contestar nada, solo debo hacer silencio.

El Señor puso en su lugar a quienes dudaron de su actuación, aquellos que vieron injusticia en Su justicia. Incluso repudió los intentos de Job de auto justificarse, por eso le preguntó: *“¿Anularás realmente Mi juicio? ¿Me condenarás para justificarte tú?” (Job 40:8).* Llevar nuestras quejas ante Dios, no es algo muy sabio, si no lo hacemos con la humildad, y en el sincero reconocimiento de nuestra limitación.

Job consiguió una audiencia privada con Dios, tal como la había estado solicitando, pero en esa audiencia Dios no estaba dispuesto a responderle si merecía o no las aflicciones que estaba experimentando, al final, vemos que Job tampoco las estaba demandando, porque la sola presencia de Dios, sumada a esas tremendas preguntas, no dieron lugar a demandar nada. Es por eso que al final, Job solo expresó:

*“Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay
pensamiento que se esconda de ti.
¿Quién es el que oscurece el consejo sin entendimiento?
Por tanto, yo hablaba lo que no entendía; cosas
demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía.
Oye, te ruego, y hablaré; Te preguntaré,
Y tú me enseñarás. De oídas te había oído;
Mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco,
Y me arrepiento en polvo y ceniza...”*

Job 42:2 al 6

Si estamos buscando una razón para el sufrimiento de Job, no la encontraremos, no al menos para comprenderla con sabiduría. Podemos conjeturar muchos objetivos, podemos decir que él aprendió respecto de la bondad de Dios, al decir: ***“Yo sé que Tú puedes hacer todas las cosas, y que ningún propósito Tuyo puede ser estorbado” (Job 42:2).*** Pero a decir verdad, no creo que tanta aflicción se pueda resumir en una práctica lección teológica.

Es cierto que la relación de Job con Dios parece que se volvió mucho más profunda, y tal vez acabó siendo más sabio, pero tampoco creo que todo pase por ahí. Job pudo salir de la justificación personal y de la fuerza de su brazo para alcanzar bendición, pero tampoco creo que eso haya sido todo. ¿Alguien podría asegurar si valió la pena la pérdida indecible para estos resultados?

Algunos al predicar, hacen hincapié en la recuperación que tuvo Job de todos sus bienes, incluso de los nuevos hijos que tuvo, pero ¿Es posible reemplazar a diez hijos fallecidos? ¿En verdad se puede indemnizar la alegría para un mañana mejor? O será que nada pasa por ahí...

Ciertamente me fastidia un poco la frase “Lo mejor está por venir...” En realidad no creo que eso sea posible en algunos casos. Sí podemos saber, que vendrán cosas diferentes. Serán extraordinarias, y serán nuevas, pero no se pueden comparar. No creo que necesitemos engañarnos para sentirnos mejor. No creo en la motivación, más bien creo en la revelación para ser sabios.

No tengo palabras para quienes estén pasando por una aflicción, ni siquiera para mí mismo cuando estoy sufriendo. No quiero ser como los amigos de Job, ni quiero ser como Job argumentando nada, más bien de todo esto, me queda aprender que lo mejor es cubrir mi boca, hacer silencio y esperar las Palabras del único que dice la verdad.

Por último, voy a reconocer algo muy profundo para mí, algo que me expone, pero sé que podrá ayudarlos. No siempre entiendo las Palabras de Dios, y mucho menos Sus acciones, pero debo reconocer que cuando me habla, aunque no siempre lo entienda, me siento mucho mejor.

Cuando un bebé se siente mal, dolorido o asustado, y su madre lo toma en sus brazos, le susurra palabras, o le canta una canción, el bebé no entiende nada de lo que su madre le está diciendo, ni entiende lo que está pasando, pero se calma, porque se siente seguro, se siente en paz, se siente amado y sabe que todo está bajo control, que al final, todo lo malo pasará...

“Dios es nuestro amparo y nuestra fortaleza, nuestra ayuda segura en momentos de angustia. Por eso, no temeremos aunque se desmorone la tierra y las montañas se hundan en el fondo del mar; aunque rujan y se encrespen sus aguas, y ante su furia retiemblen los montes...”

Salmo 46:1 al 3

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal www.osvaldorebolleda.com y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)

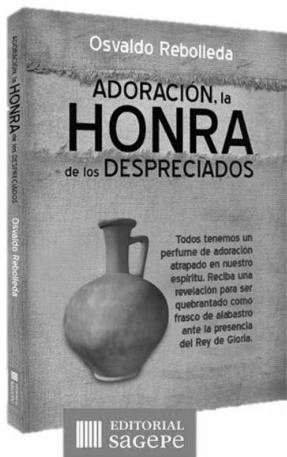
Y ministra de manera itinerante en Argentina

Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

Otros libros de Osvaldo Rebolleda



“Todos tenemos un perfume de adoración atrapado en nuestro espíritu. Reciba una revelación para ser quebrantado como frasco de alabastro ante la presencia del Rey de Gloria...”

“Un libro que lo llevará a las profundidades de la Palabra de Dios, un verdadero desafío a

entrar en las dimensiones del Espíritu”



Un material que todo ministro debería tener en su biblioteca...

RECUPERANDO EL EQUILIBRIO ESPIRITUAL

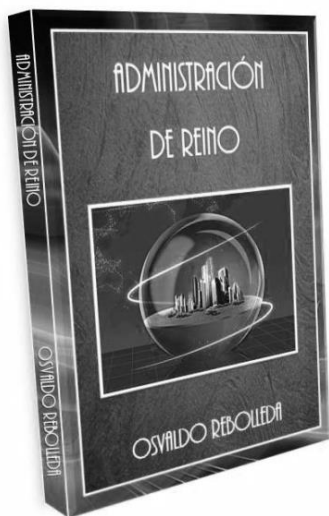


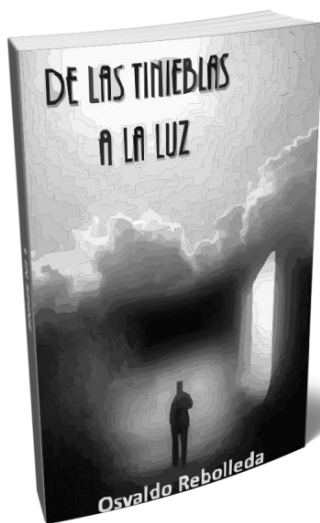
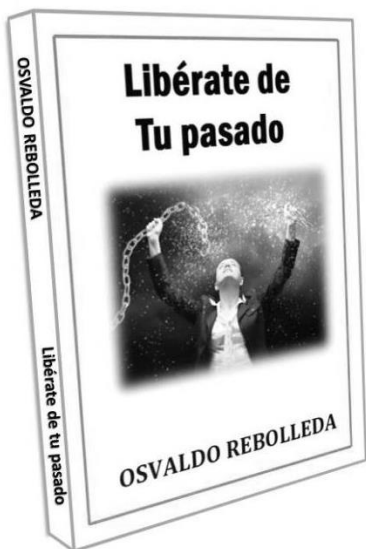
Oswaldo Rebolleda

*«Todo cambio debe ser producido por Dios
a través de los hombres y no por los hombres
en el nombre de Dios...»*

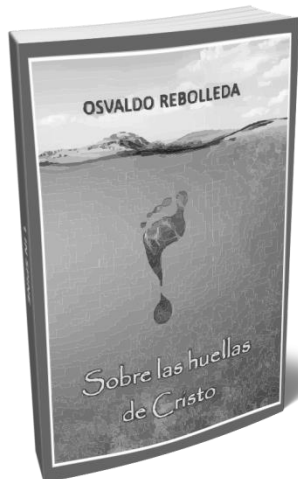


www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

